

**CAPÍTULO**  
**oriental**

**34 ©**

**CARLOS  
MARTINEZ  
MORENO**



**LA SIRENA y otros cuentos**

BIBLIOTECA URUGUAYA FUNDAMENTAL

*Carlos Martínez Moreno*

*“La Sirena”  
y otros relatos*



**CENTRO EDITOR DE AMÉRICA LATINA**

## LA SIRENA

Yo era una chiquilina de lo más imaginativa: los miles de cosas que habré pensado allí y ahora no recuerdo. Porque yo, desde el primer día, había visto levantar el tablado: primero los tambores, los bidones de combustible vacíos; después las alfajías, finalmente las tablas del piso sobre las que ahora yo estaba acostada, la escalerita de cuatro o cinco escalones —no puedo decidirme entre cuatro y cinco, no eran más— la escalerita carpinteada a toda velocidad y adosada a una esquina del tablado el último día, la última tarde; las figuras de papier mâché traídas ya hechas —seguramente desde el taller de Pietromarchi— y colocadas allí. Los miles de cosas que habré pensado. Porque se me ocurría que a lo mejor los bidones no estaban totalmente vacíos y en cualquier momento alguien tiraba un cigarrillo y todo aquello se ponía a arder. Y yo envuelta, atada, fajada, imposibilitada de moverme, en medio de las llamas como un pescado a la parrilla; o mejor todavía, como un pescado en el centro de una sartén, un pescado de éstos que enmantecan primero y envuelven en papel de estraza después.

Fue una sola vez allí y fue también, muchas otras veces, en muchos otros tablados. Pero, no sé por qué, la vez que preferí, la vez que retengo, la que se me hace única en la memoria es la de la presentación de La Sirena en el tablado de Las Ranas, de Dante y Patria. Quizá porque era el de mi barrio, quizá porque era el más original, el que sacaba año a año el primer premio, del mismo modo que La Sirena lo sacó, allí y en todos lados, aquel carnaval en que tocó el motivo de Las Ranas, unas gigantescas ranas verdes tocando con dedos muy agudos en arpas altísimas, a los dos lados de una cascada hecha con dos enormes bobinas que enrollaban y desenrollaban la tela pintada —verde, azul, manchas blancas para simular la espuma del agua que se despeñaba— y la tela que se movía, haciendo caer

© 1968

CENTRO EDITOR DE AMÉRICA LATINA  
Plaza Independencia 1374 — Montevideo, Uruguay  
Avda. de Mayo 1365 — Buenos Aires  
Hecho el depósito de ley  
Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

interminablemente un agua de mentira entre unas ranas también de mentira, pero que eran más hermosas que el agua de verdad y sobre todo que las ranas de verdad.

El carro alegórico de El Chaná y el tablado de Dante y Patria eran los dos orgullos carnavalescos del barrio. Y sacaron una vez y otra vez los primeros premios, cada uno en su categoría, hasta que los declararon fuera de concurso y el tablado dejó de hacerse y el carro desfiló con un cartelito que lo excluía de toda competencia, un gran tarro de café en medio de las pagodas chinas o los extraños templetos indios.

Y en el barrio se exhibían las fotos de esas historias; en cambio, nunca llegó a exhibirse una foto de La Sirena. Después voy a decirle por qué. Las fotos del carro en las vidrieras o los despachos de El Chaná, con la mención de cada año y cada premio. Y el tablado de Las Ranas y el tablado de La Gallina y Los Pollitos y el tablado de Las Mariposas en la vidriera de la peluquería La Artística, entre los diplomas de premios por Ondulación al Agua o por Ondulación Marcel, que habían ganado Laurino padre y sus hijos. Porque el tablado de Dante y Patria era el honor de los Laurino, igual que los premios de ondulación, igual que para mis padres los premios acumulados aquel solo año por La Sirena. Yo me atendí durante años en la peluquería. Ahora también la cerraron: los Laurino empezaron a preferir los empleos públicos, el padre murió. Y a veces, sentada yo allí, a medio atender, los muchachos bajaban del entrepiso en que funcionaba la peluquería de damas, una peluquería de señoras a la antigua, sin esas escafandras, esas mitras calientes, esos secadores eléctricos que hay ahora, sin nada más que el peine, el arte y las tijeras de la familia Laurino. Bajaban, iban hasta la vidriera y traían la foto del tablado de Las Ranas y decíamos: "¿Te acordás?" y ellos volvían a ponderar como "la cosa más fantástica del mundo la presentación de La Sirena aquel año. Uno de los Laurino estaba siempre en la Comisión del Tablado, y casi siempre alguno de ellos era presidente de esta comisión y ese año ¿quién era?, no podían acordarse, pero seguramente uno de ellos me había votado el premio, no lo decían ahora para congraciarse conmigo, era justicia.

El año antes de Las Ranas habían ganado el primer premio con el tablado de La Gallina y Los Pollitos, una

gallina gorda y esponjada, unos pollitos como pompones amarillos, rechonchos entre nosotros los chiquilines, que corriamos por el tablado a la tardecita y éramos desalojados después, cuando prendían los reflectores y el carnaval podía empezar de un momento a otro, en cuanto vinieran una murga, un gaucho y una china, una máscara suelta, un cantor. Y el año antes de La Gallina y los Pollitos fue el tablado de Las Mariposas, dos o tres mariposas grandísimas alrededor de una absurda canasta para flores, con una enorme moña en el asa, pero sin flores. En ese tablado de Las Mariposas fue que oí la frase de un cantor borracho, una frase que me intrigó por dos palabras incomprensibles, a mis nueve años. Porque tenía nueve años cuando el tablado de Las Mariposas, diez cuando el de La Gallina, once en el de Las Ranas. "Al distinguido público que circumspecta este proscenio", dijo el cantor, y lo bajaron en seguida. ¿Había insultado a alguien?, me pregunté durante mucho tiempo. El de Las Mariposas fue el primero de la serie, fue el menos hermoso. Y además, como decían Papá y los Laurino, ni el tablado de Las Mariposas ni el tablado de La Gallina y los Pollitos se movían, ningún tablado en todo Montevideo había tenido el menor movimiento antes de que inventaran aquella catarata cayendo entre las ranas. Era un contrasentido, le digo, que el tablado tuviese movimiento y La Sirena, en cambio, fuese inmóvil, hubiese sido concebida inmóvil, y yo ganara los premios sin mover un dedo, sin mover aquella larga cabellera, sin mover siquiera las pestañas, tan sólo haciendo esos con el brazo libre.

Movimiento había en casa, todo el que usted quiera, mientras me preparaban. Tonín rondándome, pidiéndome que me pusiera de perfil, calculando sus tomas. Ahora pienso que ya entonces —debía tener once años, tiene la misma edad que yo— estaba enamorado de mí, pero era mi primo, mi compañero de juegos infantiles y no me lo decía, por nada del mundo lo diría, por nada del mundo pensaría que los besos que nos dábamos como primos y que fastidiaban tanto a Mamá —"primos pegotes", decía— podríamos empezar a darlos algún día como novios, ¡qué sé yo! Tonín pedía que me pusiera de perfil, a medio peinar, y decía "Así te retrato", y Mamá rugía con las tijeras en el aire, aquella tijeras espantosas de enular que se ponían al rojo vivo sobre el primus y des-

pués se aplicaban, con sus pinzas en cilindro y chamuscaban el pelo para hacer un rulo imperfecto, achatado, desparejo porque yo me movía y mi madre seguía vociferando. El olor a pelo quemado y la frase de Tonín "Así te retrato" me han quedado juntas en la cabeza, van y vienen cuando pienso en los preparativos de La Sirena.

Para eso, Mamá me había puesto el traje y me había hecho reclinar sobre un colchón en el patio; eran los últimos pasos enredados —"de pollo maneado", como decía Tonín— que yo daba en el patio, hasta el colchón, y allí ellos dos, Tonín y Mamá, me ayudaban a reclinar, en una posición difícil, la misma que tendría en el tablado, porque era la primera parte del ensayo. Quieta como estoy ahora, ¿qué quiere que le diga?, quieta como estoy acá y ni siquiera en una posición tan cómoda como ésta, porque tenía que mantenerme apoyada en el codo izquierdo, primero en el colchón y después sobre el piso del tablado, mientras me chamuscaban y una vez en el tablado mi padre me retocaba la cabellera, que no tenía que rozar el suelo. Enrularme allí a fuego, sobre el traje puesto, era una aventura. Pero no había más remedio que correr el riesgo, porque el escote del traje era muy estrecho y al ponérmelo el peinado se me habría deshecho, si para ese momento ya me hubieran peinado. "De perfil, que así te retrato", decía Tonín. No tenía la máquina en la mano, pero como Tonín —además de fotógrafo aficionado— era también dibujante, hacía piruetas con los dedos en el aire, unas piruetas sin lápiz en las manos, que continuaban más lejos las que aquí al lado estaba haciéndome Mamá con las tijeras ardientes, unas piruetas que desenvolvían en el aire los movimientos en tirabuzón con que Mamá me tironeaba y chamuscaba los rizados, antes de que Papá, ya en el tablado, nada más que con un peine de carey, me alisara las puntas de la cabellera, sólo las puntas, como si fueran los flecos de una alfombra.

Tonín era quien limpiaba el camión: primero con una escoba grande, después con una escobilla en las juntas de la caja. Porque Papá lo tenía para fletes de obra en la semana, y quedaba siempre un fondo enarenado, y adherencias de pedregullo en las barandas. Tonín se subía, caminaba fuerte sobre las tablas, probaba el piso.

Había siempre una doble prueba de pisos: el del camión, el del tablado. Por el miedo de que alguien escandiese, de punta en las ranuras, hojitas de afeitar y yo me cortara. Fue un miedo que no sé cómo empezó, pero que me cercó desde la niñez: un miedo absurdo.

Papá era el de más fuerza, y me alzaba. Me veo ya en sus brazos y a Mamá todavía persiguiéndome con el peine, con el rouge, con los alfileres, desprendiéndose de su enorme busto una aguja con hilo negro para retocar un pliegue, reforzar una puntada, no sé. Papá le pedía que se apurase, porque no era muy cómodo tenerme extendida e inmóvil, del modo en que se levanta de la calle a una persona herida e inconsciente, y estar todavía dando puntadas sobre el cuerpo tieso y por encima de los músculos del que me tuviera.

Dicen, me acuerdo del Instituto, que en las antiguas bodas el marido alzaba a la mujer para que ella no franquease por su cuenta el umbral de la nueva casa, a la que entraba por toda la vida. ¿Habrá algún simbolismo, le pregunto, en que yo haya salido de la mía para el tablado sin tocar una sola vez el umbral? Pero esto lo pienso ahora, a los muchos años: no me haga caso. En aquel momento era Mamá volviendo a pinchar la aguja en su busto, tomando el peine del bolsillo del delantal para un penúltimo retoque, porque el último era siempre en el tablado, y la gente del barrio rodeándome, moviéndose en círculo, igual a como se mueven cuando desde una casa de la vecindad sacan un ataúd y despiden a un vecino de siempre. Igual pero, claro que sí, de todos modos alegre. Qué linda estás, Mejorquenunca, Preciosa, Vasaganar: decían todo eso y yo los escuchaba llena de turbación, como una niña pianista que agradece los aplausos de su familia en una sala vacía. Así mismito. Papá se impacientaba, pedía que le hicieran lugar, parecía como engréido y desdenoso de los vecinos, sus amigos de todo el año, ahora que me llevaba en el aire y tenía que colocarme en la caja del camión. Primero a mí, después el sillón de playa en que se sentaba Mamá, después la alfombra de las olitas y por último el armatoste de cartón pintado que había hecho Tonín y figuraba las rocas alrededor de La Sirena. Sí, un trasto escénico, como dicen los del oficio. Sólo que si le hubiéramos llamado trasto, habría sonado a desprecio... No, no por lo que usted cree, sino porque

en casa se decía "un trasto viejo" cuando había que hablar de una cosa deshecha o una persona inservible.

Me ponían en el piso, sobre un cuadro de arpilleras que había tendido Tonín, después de barrer. Subía Mamá, ayudada por todos los vecinos. Al revés de Papá, ella parecía entonces más amable y efusiva que nunca: saludaba a todos, se reía —ahora me parece que incluso se reía demasiado— se despedía de cada una de las vecinas por su nombre, como si partiéramos para un viaje muy largo. Y cuando le deseaban buena suerte, contestaba cosas como Dios-la-oiga o si-Dios-quiere. No puedo más que imaginarme la cara que pondría Papá, porque eso ocurría siempre en el momento en que arrancábamos y Papá y Tonín iban en la cabina del camión y desde mi sitio en el suelo yo no podía verlos, no podía ver nada más que la cara de Mamá, colorada y riendo y mirando hacia atrás, en el sentido de la despedida. Pero sé que a Papá no le habrían hecho gracia frases como ésas, porque él decía siempre que era ateo y había prohibido, antes de que me eligieran el disfraz de La Sirena, otros disfraces como el de Hermanita de Caridad, el de Ángel o el de Virgen "y cualquier otra cosa católica", como dijo malhumorado para abreviar. "¿Qué querés, gritaba, llamar la mala suerte sobre la chiquilina?" Así que imagínese.

Del viaje hacia el tablado de cada vez, poco le cuento: era de noche, para empezar. Y además, desde mi sitio, sólo veía las copas de los árboles, como en esas tomas que a veces hace el cine, precisamente para describir un viaje. Las copas como una calle más arriba de la calle, las copas girando cuando el camión daba vuelta una esquina, algunos faroles colgando de tensores de acero, la doble raya de los hilos del tranvía, lamparitas eléctricas amarillas, como guirnaldas de borde a borde, cuando nos acercábamos al tablado. Yo iba allí, envuelta, inmóvil, a ratos acosada por Mamá, que arrimaba su silla playera y se ponía todavía a arreglarme el pelo o la cola del vestido, a pisarme la cola de pez en las dos puntas para alisarla, o cualquier otro detalle por el estilo. Cuando Papá hacía sonar la bocina era porque estábamos llegando a un tablado y tenía que abrirse paso entre el público y parar lo más cerca posible de la escalerita, como si fuese un atracadero y el camión una lancha o algo así.

Antes de que me bajaran, Papá subía al tablado y Tonín venía y volcaba la barandita trasera del camión. Entonces la gente del tablado, el público, se acercaba y se ponía a mirarme. Pero ya no era la gente de la cuadra, ya no eran los amigos del barrio, y el momento era más bien desagradable. ¿Eso qué es?, ¿un pescado?, se preguntaban entre ellos, sin dirigirse propiamente a nosotros. Y hasta decían otras cosas, aprovechando que Tonín era demasiado chico y Mamá, a pesar de su energía, una mujer, y ni uno ni otra podían protegerme. No me tocaban, eso no. Pero tengo la memoria como enturbiada de chistes groseros que yo no entendía pero que festejaban entre ellos, inmundicias que aún no estaba en edad de comprender. Mamá sí debía comprenderlas y por eso le pedía a Papá que no se demorase, aunque sin decirle por qué, de miedo a enfurecerlo.

Papá hablaba primero con los miembros de la Comisión, que estaban sentados detrás de una mesita, en una esquina del tablado. Seguramente les explicaba en qué consistía mi número. Sí, mi número... ¿cómo quiere que le llame? Había un momento, me decía Tonín, en que los de la Comisión dudaban, discutían entre ellos, volvían a consultarse y después, todas las veces, acababan por decirle que sí. Pero todavía Papá no venía a buscarme. Iba hacia el centro del tablado, decía Tonín. Tonín me transmitía lo que estaba sucediendo, y ahora pienso que lo hacía para distraerme de los chistes del público, hablándome desde más cerca, trepado al borde del camión, interponiéndose entre mi oído y las caras del público. Papá iba hacia el medio del tablado y se ponía a revisar las tablas. Porque allí no habría arpilleras, como en el camión, y Papá tenía la manía de revisar las tablas, para prevenirse de que algún degenerado hubiera puesto, justamente en aquel sitio, una hojita de afeitar y aquello me abriese en dos. Sí, usted se ríe, pero no tenía nada de gracioso. Fue como una obsesión de toda la vida. Y antes que en el tablado y con La Sirena, la sufrí en las plazas de deportes con los toboganes. Allí era Mamá quien me llevaba y quien revisaba ese canal que queda entre las dos tablas pulidas que hacen el tramo largo del tobogán. Era absurdo, le digo, porque yo estaba en lo más alto de la escalera, tomada de los dos pasamanos de fierro, sintiendo un poco de vértigo si miraba hacia atrás, y los demás chi-

quilines, que acababan de tirarse y ya volvían, apurándose a mis espaldas, mientras Mamá pasaba la palma de la mano a lo largo de toda la ranura. Era humillante y además absurdo, porque los chiquilines que estaban detrás y me apremiaban venían de lanzarse por el tobogán y se habrían partido en dos si hubiera habido alguna hojita de afeitar. Sí, yo lo sé, Mamá cumplía instrucciones terminantes de Papá y Papá decía siempre, y en toda circunstancia de la vida, que "hay que cerciorarse". ¿Usted piensa que es por eso que no creía en Dios? Pero yo les decía: ¿en qué momento invisible podía haber aparecido el degenerado? En casa se hablaba del degenerado como de un personaje al acecho, del que había que cuidarme a toda hora: mi infancia entera transcurrió bajo la amenaza del degenerado. ¿En qué minuto, si estábamos allí mirando cómo se tiraban en cucullas, sobre el vientre o acostados y sin ninguna preocupación los demás chicos, iba a aparecer, a poner para mí su hojita de afeitar en la ranura y a evaporarse? Desde lo alto de la escalera, sin sentir vértigo cuando miraba hacia adelante y mis ojos resbalaban por la curva en caída del tobogán, yo habría tenido que verlo. Y sin embargo, Mamá revisaba, Mamá revisaba y Papá revisaba ahora, pasando las manos por el piso del tablado, menos pulido que las tablas del tobogán, refregando aquellas grandes manos carnosas, donde alguna vez se clavó una astilla. Nunca apareció la hoja de afeitar, claro, pero ahora voy a decirle una cosa impropia..., sí, usted me ha pedido que también se las diga. Bueno, no sé si una cosa impropia o simplemente natural, porque mi educación fue demasiado contrahecha, ¿cómo le diré?, demasiado llena de vergüenzas injustificadas, y ya no sé si estaba mal sentir determinadas cosas o si era natural y todas las mujeres, en mi lugar, habrían sentido otro tanto. Bueno, lo cierto es que cuando tuve la primera menstruación, al año siguiente de La Sirena, y a pesar de que muy poco tiempo antes, a escondidas de Papá, Mamá se había animado a prevenírmelo, al ver —según me dijo— que mi cuerpo estaba tomando formas de mujer, a pesar de todas esas explicaciones yo sentí aquello como si al fin me hubiera dejado deslizar sobre la hoja de afeitar y sangrara por ese motivo, como si el acto que me hacía mujer me hubiese abierto en canal. Yo no he tenido

hijos, como usted sabe, y tal vez por eso los períodos —al revés de lo que pasa con casi todas las mujeres— son días en que me desarmo y me alivio, días en que me dejo ir con cierto abandono y, es difícil explicarlo, con una libertad completa. Si no fuera por las complicaciones del arreglo, me gustaría que esos días durasen y que yo, libre del miedo de la hoja de afeitar, pudiera vivir y correr, en ese estado de aflojamiento absoluto, sobre todos los sitios del mundo.

Al final me subían: Papá me tomaba en brazos, Mamá llevaba el manto de moletón azul con alforzas y bordes caprichosos en blanco, que semejaba el mar y las olitas y Tonín el armatoste de las rocas, hecho ingeniosamente sobre un esqueleto de tablitas y con cartón en burujones, pintado en lampos negros, blancos y castaños. Papá me depositaba en el suelo, porque el manto de las olitas no quedaba nunca debajo de mi cuerpo, sino que me rodeaba, arpeollándose para dar la marejada; y las rocas o la roca iban a la izquierda de mi cuerpo. Era un solo armatoste con varias jorobas, y le llamábamos unas veces en singular y otras en plural. Esto lo acomodaba Tonín, con un cándido amor propio de artista, de creador. Yo nunca he sido muy femenina, ni para la descripción ni para el gusto de la ropa, y me he pasado años haciendo el cuento de La Sirena y confundiendo lentejuelas, mostacilla, canutillos y perlitas nacaradas. Menos mal que Mamá me corregía. Pero creo que finalmente lo he aprendido. Yo todavía no había echado las formas de mujer de que recién le hablé, y Mamá había hecho con almohadillas de cerda y forro capitoneado los dos conos que formaban los falsos senos: el peto, como le llamábamos para evitar toda alusión más comprometedor. El peto era un corpiño que me ponían antes de embutirme el traje. Después me ponían la parte de abajo, que era cerrada hasta la cintura y tenía como dos estuches o vainas de franela para meter los pies descalzos y dejarlos aprisionados en una posición determinada, que Mamá había estudiado como la más conveniente a las formas de La Sirena, a su cola de pez, al juego y al brillo de las escamas. Y luego, por encima del peto, la blusa ajustada como si fuera de jersey, aunque era de raso, bien apretadita, ceñida al cuerpo y a las almohadillas de los falsos senos, toda cubierta de lentejuelas claro de luna... así se llamaban, yo no

lo invento... que hacían un largo reflejo bajo la luz de los proyectores y se movían con un temblor de escamas fabulosas, mientras yo ondulaba solamente un brazo, en movimientos aprendidos, como de asas que se formaban y deshacían sin cesar, a partir de mi cabellera rubia. Ésa era la animación de La Sirena, lo único que se movía en mi número, mientras el tablado, en la vez que me gusta recordar, corría y bajaba con su cascada entre las ranas. Es claro que precisamente allí, como recordábamos con los Laurino mientras me cortaban o me peinaban, todo se movió de golpe, ¡y en qué forma!, cuando Tonín se vino abajo desde los árboles, tirado por su propio fognazo. Pero esa variante no estaba dentro del programa.

No puedo decirle mucho más sobre mi traje, que no veo desde hace años, que ni siquiera sé si todavía existe. Yo tengo alguna desconfianza sobre la precisión de mis recuerdos, cuando las cosas en su momento no me han golpeado la imaginación, no me han impresionado, ni siquiera puedo decir que me hayan interesado mucho. Lo que podría detallarle, hasta el aburrimiento, es la forma en que yo me sentía presa, allí abajo, bañada y recorrida por los reflectores, aislada de todos por el chorro de luz, abandonada hasta por mis padres mientras movía el brazo derecho, con cuidado de no rozar las puntas de la cabellera, en aquellos ademanes en forma de cuello de cisne, en forma de ánfora, que a nadie más que a Mamá pudo ocurrírsele que hicieran en la mitología las sirenas clásicas. Esa sensación de prisión en la ropa, de prisión en el cuerpo, fue lo que me quedó del disfraz para siempre. Más adelante, cuando yo seguía Magisterio y podía dar el pretexto de mis estudios para no prestarme a las pruebas, empecé a negarme si Mamá me llamaba, con una blusa o un vestido recién hilvanados, Tonín se había ido a vivir a Rivera y, además, el artefacto que se le ocurrió a Papá habría sido demasiado complicado para que Tonín lo fabricara, demasiado severo en sus medidas para que Tonín lo hiciese, como había podido hacer las rocas. El artefacto era un maniquí que reproducía con toda exactitud, al centímetro, mis formas desde el pescuezo a las caderas. La vez de la cabeza, remataba en una perilla lustrosa; y al llegar al nacimiento de las piernas, se cortaba de golpe y entoncaba en un trípode de ma-

dera, hecho por tres patas curvas. Pero en conjunto tenía mi altura. Papá lo mandó construir en una fábrica de maniqués, para liquidar las trifulcas entre Mamá y yo, unas trifulcas en que yo acababa a los gritos y Mamá a los sollozos, con gran peligro de tragarse la selva de alfileres que apretaba en los labios. Lo hicieron, lo trajeron, fue a dar al altillo en que Mamá cosía. Yo estudiaba en el altillo de enfrente y a veces la espiaba desde mi sitio, porque las ventanas estaban enfrentadas y coincidían sobre el patio. Mamá lo trataba casi con ternura, con grandes miramientos, con una delicadeza maternal; y yo sentía un inexplicable orgullo de verme por fuera: el maniquí me parecía mucho más airoso, mucho mejor formado de lo que me consideraba yo, desde dentro de mí misma. Y sin embargo, eran mis medidas. También a veces Mamá se permitía con el maniquí unas confianzas que yo no, le habría tolerado: colgarle una cinta métrica en su pescuezo de perilla y hasta sacarse algunos de los alfileres que le llenaban la boca y clavárselos en el pecho, cerca del sitio fingido de mi propio corazón. En algunas tribus esas operaciones se hacen sobre muñecas, para provocar el mal en los sitios que se pinchan, porque se supone que el mal se traslada a la misma parte de la criatura representada. Pero con Mamá no era así, y le habría causado horror que se lo insinuaran. Era mucho más simple, ella jugaba con el maniquí, se demoraba, le probaba un cuello, le retocaba un canesú o le alisaba una caída de mangas: el maniquí no tenía brazos y las disputas podían renacer en alguna prueba de mangas que ella quisiera intentar sobre mi cuerpo auténtico. Y yo, en el altillo de enfrente, bajo la resplandeciente de la misma claraboya, ajena a todas esas prolijidades, leía y estudiaba. No, no, era por simple comodidad, para evitar la fiebre que me daban aquellas pruebas inacabables: no le busque significados más ocultos.

Mire: allí mismo, en el sitio de aquel tablado, mis padres me llevaron, años después, a que escuchara a un famoso Doctor, que pretendía que lo votaran para Presidente. "La juventud debe interesarse en estas cosas", decía Mamá. Era un cirujano eminente y no podían compararlo con el otro candidato, que era General. "General y Arquitecto", retrucaba Papá. "General an-

tes que nada", insistía despectivamente Mamá. El Doctor había operado a una tía de Mamá, y era formidable: llegaba todos los días al sanatorio al amanecer, y a las siete de la mañana ya estaba, con su túnica impecable, visitando uno por uno a sus enfermos. Era lo que le hacía falta al país, un hombre de orden, aseguraba Mamá. Y además había estado en la Guerra Mundial del catorce dieciocho, había operado en los hospitales de sangre de los aliados, había salvado cientos de vidas y los franceses lo habían condecorado con la Legión de Honor. ¿Y qué parentesco tenía con el otro Presidente, con el que estaba arriba, con el que Papá llamaba Dictador? Consuegro, me parece. "Sí, pero el General es cuñado", decía Papá. Y agregaba: "Es un asunto de familia, que se lo arreglen entre ellos. Yo ni voy a molestarme en votar". Papá era un batllista neto, como se decía en aquel tiempo, y me parece que hubiera querido seguir votando solamente a Don Pepe, que se había muerto casi diez años antes. Me acuerdo vagamente de aquel día, aunque era muy chica, porque Don Pepe también murió en el barrio, a dos cuadras de aquellos tablados, y porque fue la única vez en mi vida que vi lagrimear a Papá. Le digo que aquel Doctor, presentado por Mamá con tantos elogios, me defraudó por completo. Hablaba desde un tabladito de los que hacen para la política, esas tarimas que deben ser portátiles: hoy en esta esquina y mañana en tal otra. Una tribunita sin arte en el sitio mismo de los tablados famosos: aquello ya me ponía en contra. El Doctor era calvo, de nariz afilada, serio y muy tieso, con gesto de estar tomando siempre mal olor. Largos ratos hablaba con las manos en los bolsillos, sosteniéndose bien derecho, sin dar un solo paso al frente, sin apoyarse ni una vez en la baranda del tabladillo, como habían hecho los que discursaron antes que él, para enzalzarlo. Hablaba muy rígido, pronunciaba las ellas como en la escuela y hasta creo que ceceaba un poco. La voz, una voz que no era simpática, de salía por la punta de los labios finitos. Esos labios que apretaba y se retocaba para las fotos, decían sus enemigos, pero con toda seguridad era mentira. Porque no hay duda de que era muy hombre, aunque el General gustara más a las mujeres. Hay quien dice que fue por eso que ganó, porque justamente esa vez empezaban a votar las mujeres y el

General tenía un bigote angostito y medio cruel, como el de John Gilbert, y en las fotos de la propaganda, vestido de civil, parecía mirar a cada una de las que lo mirasen. El Doctor, con todo su talento, no había sabido o no había querido llegar a la gente. "Porque es un aristócrata", decía Papá. Ni cuando se mantenía duro y con la cara como almidonada ni cuando sacaba las manos de los bolsillos y gesticulaba con ademanes suaves de gran cirujano. Estaba en el sitio mismo en que una de las ranas, con sus dedos verdes muy abiertos, había tocado el arpa, quieta en el tablado de la cascada que caía. Y ahora, con los ademanes medidos y estudiados del Doctor, con sus dedos tan puntiagudos, eran los dedos de la rana los que parecían animarse y moverse, para que fueran saliendo las ideas. Era como si el sitio estuviera regalándole los ademanes olvidados de la rana de la izquierda, la que miraba a Ocho de Octubre, los ademanes que nadie le vio hacer nunca a la rana pero a lo mejor hacía cuando el tablado, después de cada noche, se quedaba solo. Pero le digo francamente: me imagino que la rana tendría que haberlos hecho con mucho más gracia, con una delicadeza más contagiosa, ¿no le parece? Sí, no alce los hombros; ya sé que nunca llegó a verla y que por eso no la siente. Yo no votaba esa vez ni, con la edad que tenía entonces, estaba para interesarme en esas cosas de la política. Fueron mis padres los que me llevaron a oír el discurso, para no dejarme sola en casa. Pero si hubiera podido votar, no habría votado al Doctor sino, tal vez, al General. No es que me gustara mucho más, porque me parecía también medio momia; pero por lo menos no había querido imitar a las ranas, y eso solo me lo presentaba mejor.

Tan ajena a todo aquello, yo volvía a sentirme como si fuera La Sirena, pero esta vez puesta a la orilla del tablado. Como si yo fuese La Sirena pero no como si el Doctor fuese La Sirena, porque ese papel de La Sirena, esa personalidad, esa figuración, no sé cómo decirle, jamás quería pasárselos a nadie. Como si yo fuera La Sirena, allí quieta e indiferente, y una de las grandes ranas estuviera hablando de política y Tonín —pero eso todavía no se lo he contado— fuera a salir de un momento a otro, con su fregonazo de magnesio, esta vez para retratar al Doctor, saltando desde la copa de al-

guno de los plátanos que seguían estando, firmes en la noche, allí alrededor.

Fue mi primo Tonín quien dibujó el modelo de La Sirena. En ese tiempo, por recomendación de su maestra, que le veía grandes condiciones, Tonín iba a una escuela de dibujo, que se llamaba Academia Miguel Ángel. En broma, le llamábamos a él Miguel Ángel, y creo que no le disgustaba el apodo. Después de pasar por los consabidos yesos y jarrones, le hicieron tomar apuntes del natural sobre modelo vivo. Así decían los papeles que traía Tonín, para acreditar un progreso que a los padres les estaba costando cada día más dinero. Dibujaba entonces mujeres desnudas, mujeres viejas con unos senos flácidos y larguísimos cayéndoles como orejas de elefante. Eran dibujos que los mayores no me dejaban ver, ya bastante escandalizados de que el porvenir artístico de Tonín tuviera que pasar por todo aquello. Pero él me los mostraba a escondidas, a la siesta, en el attilto de su casa. Y yo le preguntaba qué había hecho con esas mujeres, si verdaderamente posaban desnudas para él, si podía hablar con ellas y hacerlas moverse para aquí, para allá, sentarse, agacharse, ponerse de rodillas, puesto que les pagaban. Y después me animé un poco más y le pregunté si, teniéndolas tan cerca, alguna vez las había tocado. Se lo pregunté sin malicia consciente, porque no me daba cuenta de qué conseguiría con tocarlas, y además me horrorizaban por viejas, por feas, por fofas. Tonín se reía y contestaba que no. Por eso, por lo nervioso que se ponía al reírse y contestarme que no con el lápiz, y por lo mucho que sabía de trapos, infinitamente más que yo sobre trapos y modelos, fue que algún día llegué a sospechar, sin saber tampoco bien qué significaba, si Tonín no sería medio maricón. Medio maricón, ¿qué quería decir? Parecido a las mujeres, no sabía hasta qué punto. Pero no era, ya va a ver que no era. Tonín dibujó el modelo, como le digo, tomándolo de libros, iluminándolo en acuarela sobre el dibujo a tinta de las escamas, de las aletas, del pelo y los pezones de La Sirena, unos pezones muy diferentes de los que le mostraban en la Academia Miguel Ángel, unos botoncitos erguidos y rosados que debe haber copiado de alguna ilustración alemana. Mamá dispuso entonces el raso y las lentejuelas claro de luna y armó el peto, teniendo siempre por delante,

sujeto a un bastidor, el dibujo de Tonín. Más lindo y más completo que un sueño, más misterioso que la realidad. ¿Más cursi, dice usted? ¿Qué sé yo!, a mí entonces me parecía estupendo. Pero le confieso que el sentido crítico no es mi fuerte, ni tampoco me importa.

Vaya fijándose todo el trabajo que exigía La Sirena, todo el tiempo que había llevado preparar aquella exposición de unos pocos minutos. Cuántos minutos no sabría decirle, porque como pasaban sobre mis nervios me parecían eternos: pero deben haber sido muy pocos cada vez. Era al revés de lo que debería haber sido, pienso cuando me ubico en mi escenario predilecto: el tablado móvil, el rollo de la cascada cayendo entre las ranas sin mojarlas, y mi número inmóvil. Usted se sonrió cuando yo dije "mi número", hace un momento, a falta de mejor definición. ¿Cómo le llamaría usted, vamos a ver?... Porque era como el cuento del gallo pelado: aquello no era propiamente ni disfraz ni espectáculo, ni alegoría ni número vivo. Aquello era La Sirena, pasaba a ser La Sirena desde que mi madre, más enorme que nunca bajo las luces, retrocedía con el peine en alto, después de retocar un mechón que caía mal, y después que mi padre había arreglado la última olita de moleton azul y ribetes blancos, a mi costado. Era el momento en que mi padre se dirigía a aquellos señores sentados alrededor de la mesa, contra una de las esquinas del tablado, y debía decirles que el caso, que el asunto, que el número quedaba presentado. Digo "debía decirles" porque yo, desde mi sitio en el suelo, no podía escucharlo. Pero sé que usaba el verbo presentar, eso sí lo recuerdo. Porque algunas veces, en casa, esto también se ensayaba. "¿Cómo vas a decirles, a ver?", preguntaba Mamá. Y Papá, delante de nosotros pero como si fuera delante de un espejo, se inclinaba hacia una mesa inexistente que debería estar entre él y nuestros cuerpos, y sin dejar de mirarnos a los ojos se echaba un discursito, en el que tampoco aclaraba qué clase de fantasía era La Sirena, pero donde terminaba siempre por decir: "Con estas palabras, señores, queda presentada La Sirena".

Se hacía entonces un silencio absoluto, un silencio que ahora no sabría apreciar en minutos o en segundos, un silencio de duración indefinida, mientras mi padre gestionaba, estoy segura, que el reflector del tablado,

que por principio se resistían a mover, girara un poco y cayera sobre mí, diese sobre mis escamas, sobre mi curva de lentejuelas claro de luna, sobre mi cadera derecha, que era la que quedaba en alto, ofrecida al público, hasta ese momento con sus luces adormecidas, como brillos de una postal. De repente yo sentía ese golpe de luz, que era un golpe de tibieza y todas las lentejuelas se ponían a vibrar, a moverse como luces de una ciudad en el agua, a dar como un saltito ondulado y quieto, el que arrancaba los aplausos, una ola de aplausos que rompía finalmente aquel silencio y me envolvía como si fuese un vaho más caliente; yo lo aventaba haciendo el cuello de cisne con mi brazo derecho, abanicándome de ese modo. Era mi saludo de agradecimiento, y hasta la catarata del tablado parecía ponerse a volar con mayor rapidez su rotio puntaño; esta es una impresión arbitraria, ya lo sé, pero no inventada.

Usted piensa que doy muchos rodeos, que tanteo aquí y allá lo que voy a decirle. No crea que es por corteza, ni tampoco por pobreza de lenguaje. No. Es que no puedo recordar nada de aquello como si fuera totalmente preciso, como una cosa de bordes nítidos. Es algo móvil y sin contornos, alrededor de la fijeza de la figura que debía hacer yo sobre las tablas. Los aplausos acababan con un plazo de suspenso, con unos minutos de indecisión en que vez por vez parecía jugarse la suerte del número, una especie de incertidumbre que el número tenía entre ser rechazado y ser admitido. Es curioso: una vez que lo habían admitido, parecía la cosa más natural del mundo, y hasta una cosa inevitable para ellos, que lo premiaran. Todo el problema estaba en la admisión y radicaba en la categoría: ¿número vivo, disfraz de fantasía, conjunto alegórico? “¿Qué conjunto?”, decía Mamá. “¿El que hace ella sola?” “¿Ah no?”, contestaba Tonín. “Ella y las olitas y las rocas”, como si todo eso se contase como más personas.

Nunca pude saber en qué categoría me habían premiado, ni los Laurino podían acordarse del detalle. Pero lo que sé es que La Sirena fue admitida siempre, después de esos silencios y esas consultas, y que se ganó cantidad de primeros premios.

Tonín, pobrecito, acabó por enamorarse de mí en cuanto me vio vestida de sirena. O mejor, transformada en La Sirena, no en la sirena que él había dibujado

sino en la que, de golpe, tomando ideas de su dibujo y metiéndome dentro del traje hecho por Mamá, yo me había puesto a ser. Porque no soy actriz ni nunca, a partir de aquel entonces, se me ocurrió serlo. Pero la verdad es que, como dicen los críticos de las buenas actrices, yo me identificaba con el papel y hasta lo transformaba. En el vecindario había chiquilinas menores que yo y mi disfraz no había subido a todos los tablados del mundo ni, menos que menos, a los tablados del año siguiente. Y sin embargo, nadie nos pidió nunca el traje prestado, para probar suerte. Es como si estuviese agotado, como si al dejarlo yo se hubiera quedado muerto, como si yo hubiese hecho una muda de piel y aquello ya no sirviese para nada. Así que La Sirena era yo. discúlpeme la vanidad, y nadie más que yo. Y Tonín estaba enamorado, no sé si de mí o de La Sirena, seguramente de las dos al mismo tiempo y sin hacer distinciones.

El amor de Tonín por mí se notaba en muchos detalles. Siempre parecía crecer después de los premios y cuando teníamos que emprender el viaje de vuelta a casa. Ponía corriendo en la caja del camión las olitas y las rocas, para estar libre cuando Papá, entre los aplausos del mismo público que unos minutos antes me había acosado a chistes verdes, me alzaba otra vez y marchaba conmigo en brazos hasta la escalerita. Tonín hacía como de paje, adelante, con los brazos extendidos, para abrir el camino. Podía haber dicho “Permiso, permiso, que se va La Sirena”, pero decía solamente “Permiso, permiso”, porque ya todos sabían que yo me iba y dejaban una sendita entre dos filas de aplausos, siempre sin tocarme, por cerca que estuvieran. Entonces llegábamos al camión, subía también Mamá y, con el pretexto de arreglar cualquier cosa, trepaba de improviso Tonín, me tomaba la mano delante de mi madre, me decía con ojos brillantes “Estuviste notable” y me bebaba la punta de los dedos. A Mamá nunca le extrañaron nuestros mimos, le parecían la cosa más natural del mundo, demostraciones de un afecto entre hermanos. Porque siendo cada uno de nosotros hijo único, era como si fuésemos hermanos. Pero Mamá ignoraba otras cosas. Ignoraba, por ejemplo, que ver las viejas desnudas de la Academia Miguel Ángel en el altillo de Tonín, empezó a tener un precio: un beso,

dos besos en las mejillas, hasta que se arregló —cada vez— con un beso en la boca. Sin saber para qué, pero con los ojos de él más brillantes y mojados que nunca.

Mamá no sospechaba los sentimientos de Tonín, pero yo sí. Una tarde estaba en casa un constructor español, que trabajaba con Papá y había venido a esperarlo. Había pasado ya el furor de La Sirena, pero era el tema del que seguían hablando en casa, en cuanto aparecía una visita. Mamá se puso a describir el número y Tonín, cada vez más descarado, se entusiasmó de pronto, me tomó la cara y me besó. Lo hizo como en un arrebato, y después bajó la cabeza, más tímido y apabullado que nunca. El español debe haberlo notado, porque preguntó en seguida quién era el muchacho y Mamá le dijo que primo mío. "Ah, sí, debí imaginármelo —dijo el español—. Estos pércebes acaban siempre casándose con una prima o fugándose con una bailarina, sin términos medios". Yo me quedé asombrada, pero me hice el propósito de no olvidar la palabrita: ¿qué querría decir? En cuanto el viejo se fue, corrí al diccionario. Tuve dificultades para encontrarla, porque no sabía si era con v o con b, con s o con c, y el viejo ceceaba. Finalmente di con ella, y me acuerdo de la definición letra por letra: "Pércebe: marisco crustáceo comestible". ¿Así que Tonín era un marisco crustáceo comestible?, pensé con desolación, porque era lo menos romántico del mundo. Mire, en lo que el gallego no se equivocaba era en lo otro: Tonín no se casó conmigo, claro que no. Pero se escapó con una bailarina, con algo peor que una bailarina; ya voy a contárselo, en cuanto llegue el momento.

Pero la cosa al mismo tiempo más ridícula y más tierna de aquel amor, fue su empecinamiento por sacar la foto de La Sirena. Tenía una maquinita de fuelle, que le habían regalado sus padres para el cumpleaños, y creo que sacaba fotos pasables. Y ya le he dicho que era bastante ingenioso: leía el Tesoro de la Juventud, la parte de inventos caseros y también toda clase de revistas científicas para jóvenes. Y se le ocurría cualquier cosa. Así fue como construyó, lo supimos después de la peripecia, su aparato para alumbrar el magnesio: con un cucharón viejo que encontró en un baldío y al que torció la empuñadura. Tuvo que llegar a eso, porque nadie fue capaz de complacerlo, ni yo ni mis

padres. Bastante que lo siento ahora, que no tengo una sola foto de La Sirena. Porque Tonín me decía "Vení que te retrato", y estiraba el fuelle de su maquinita como si fuera una trompa, hacia mí. Pero cuando era de tarde y la luz entraba a mares por la claraboya corrida, yo no estaba todavía vestida para los tablados. Y si estaba vestida ya era de noche, y el brazo con lamparita y tulipán que había en un rincón del patio no habría servido para ninguna foto. Mis padres podrían haberme vestido a media tarde, haberme acomodado sobre el piso de baldosas, haber arrepollado las olitas y haber puesto la roca a mi costado. Pero habrían tenido que vestirme especialmente, y enlarmarme con unos rulos que tal vez no duraran hasta la noche, y jamás se les habría ocurrido tomarse todo ese trabajo por Tonín, por un capricho estúpido de Tonín, como decía mi padre que era el de la foto. Porque no pensaban que la foto habría de ser después para todos; aquello sólo se les aparecía como una majadería de Tonín.

Entonces, en secreto, a Tonín se le ocurrió inventar su magnesio; en secreto absoluto, sin decírmelo siquiera a mí. En aquella época no se había descubierto el flash de lamparita, y cada vez que se tomaba una foto de noche había una explosión de magnesio en la mano izquierda levantada del fotógrafo. Había que aprovechar el momento del fognazo para tomar la foto, lo que era hasta una prueba física, me parece. Si la foto se tomaba al aire libre, la nube de magnesio flotaba, redonda y blanquísima, hasta fundirse en los altos de la noche. Si era una pieza cerrada, el magnesio subía ensanchándose hacia arriba, se aplastaba contra el techo y cuando se difundía por la habitación siempre había alguien que se ponía a toser.

Bueno, Tonín arregló el cucharón, le torció el mango para que tomase la forma de un gran pebetero, consiguió magnesio en una ferretería o no sé dónde y se preparó, justamente para fotografiarme la noche culminante, la del tablado de Las Ranas. Debe haber escondido todo aquello en el camión muy temprano, debe haberlo sacado cuando todos estábamos pendientes del discurso de Papá y de la admisión de La Sirena. Porque nadie lo vio maniobrar, en ningún momento. Ya había pasado junto a mí, ya había puesto las rocas a mi lado

y después me di cuenta de que me había sonreído, como si estuviera tramando algo. Pensé en aquel momento que fueran sus nervios, porque toda la presentación de La Sirena lo ponía muy nervioso. Así que no le di mayor importancia.

Tonín era ingenioso, le digo. Con cualquier cachivache era capaz de fabricar un arma, un petardo para la vía del diez, lo que se le antojase. Mire, si no fuera porque hizo una cosa mayor y tiene otras razones para andar fugitivo, podría haber sido un buen tupamaro, si le hubiera dado por ahí. Pero alguna cosa tenía que fallarle: los aparatos de magnesio deben haber tenido alguna chispa, un detonador o algo así, un encendedor que hiciera el fogonazo. Eso fue lo que Tonín no tuvo: y era insensato pensar que con dos manos pudiera arreglárselas para tener la maquinita enfocada hacia mí, para sostener en alto el cucharón y para prender un fósforo. Habría precisado tres manos, por lo menos. Y aquello fue lo que le falló.

Yo ya estaba en el piso del tablado, Papá estaba presentándose ante los miembros de la Comisión, cuando sentimos de pronto el estruendo, casi un estampido, un fogonazo que envolvió uno de los plátanos y algo que caía entre su copa, quebraba unas ramas y se venía al suelo. No había podido aún darme cuenta de lo que era cuando, en medio del silencio que duraba hasta el trance del reflector y que la sorpresa de aquel incidente casi no había roto, reconocí la voz de Tonín desde abajo, comunicándose con nosotros: "¡No me hice nada, no me hice nada!", gritaba. Y así fue como supe que no se había lastimado, antes de saber siquiera que aquella cosa caída desde lo alto del plátano era Tonín. Tenía sólo raspones en las manos y en los antebrazos, peladuras en las rodillas y arañazos en los muslos, como vimos después. Pero Papá, que estaba furioso y se contuvo sólo hasta que subimos al camión, dijo que podría haberse enredado en los cables de la instalación eléctrica y haberse fulminado, así que se quedaría en penitencia y nunca más iría a los tablados con nosotros. Al otro día fue la primera huelga de mi vida, y me fue bien: ya estaba peinada, ya estaba vestida, ya estaba pintada. Y entonces dije: "Si no va Tonín, yo tampoco voy". Papá podría haberme alzado a la fuerza, atada como estaba por La Sirena, envuelta en

el disfraz, manecada. Pero creía, como todos, que el éxito de La Sirena dependía de mi gracia, de mis ojos fijos de gran muñeca, de mi brazo haciendo el cuello de cisne, de alguna especie de sortilegio misterioso. Y cuando yo arrugué la cara y Mamá gritó que si me ponía a llorar iba a corrérseme toda la pintura, Papá cedió y Tonín fue perdonado y nos acompañó como siempre. "Bastante penitencia tiene ya con su máquina deshecha", dije yo para explicar mi protesta. Porque también quería justificarme.

Y era cierto, la máquina se le había deshecho. Mire: aunque la cosa duró un instante, muchísimo menos de lo que se tarda en contarlo, podría darle todos los pormenores de la escena, porque me impresionó de veras. Cuando se produjeron el fogonazo y el estampido, en el sitio mismo que tenía frente a mis ojos, de soslayo a la Comisión, lo que me pareció que saltaba no fue Tonín —porque ni sabía que estuviera allí, trepado al plátano— sino el frente de una hojalatería, que avanzaba una fachada angostita en el cruce de Cerro Largo, Dante y Patria, porque allí es donde se juntan Dante y Cerro Largo. Ya demolieron la hojalatería y ahora sólo se ve un pastizal con cascotes, pero no porque Tonín la hubiera hecho volar. Eso fue lo que pensé en aquel momento, que aquella fachada volaba por los aires. Porque saltó con el golpe de luz, tembló en el relámpago del magnesio, con su puerta oscura y su azotea con baranda de botellitas —sí, balaústres, así se llaman, gracias— y parecía que los balaústres, ¿está bien?, fueran a desparramarse como bolos. Fue mucho menos de un segundo, pero me pareció que toda aquella mampostería iba a venirse encima de las ranas, encima de nosotros. Los Laurino lo habían visto desde otro sitio, desde la mesa de la Comisión o cerca de allí. Pensaron que alguien había hecho estallar un petardo entre los árboles, o pensaron en un cortocircuito. Pero la luz del tablado seguía funcionando y sobre el fondo de la arboleda vieron caer un bulto con forma de chiquilín, raspando ramas. Por suerte no había gente debajo, y raspándose manos y brazos, además de las piernas, Tonín pudo sostenerse y amortiguar la caída, mientras la maquinita volaba lejos y se hacía pedazos. Y entonces se oyó "¡No me hice nada, no me hice nada!" y yo supe así que era Tonín. Casi en seguida alguien de la

Comisión informó que un muchachito se había trepado a un árbol, como siempre ocurría cuando había algún número en el tablado y se había venido abajo, por suerte sin ninguna consecuencia; y pedía a los padres más cuidado con sus hijos y a la Policía que guardara el orden. Como si aquello hubiera sido un episodio de todas las noches, salteándose el magnesio, la humareda de magnesio que se había quedado flotando en el centro del árbol, sin resolverse a desaparecer.

Pobre Tonín: cayó, gritó y desapareció. Porque el guardiacivil de la Novena trató de saber quién había sido, pero la gente ayudó a Tonín a disimularse, a mezclarse entre los demás muchachos y a escurrir el bulto. Más tarde, él me dijo que había andado en lo oscuro, tanteando con el pie, molestando a la gente que ya estaba aplaudiéndome, hasta que al fin encontró su maquinita aplastada, inservible. “¿Y el cucharón?”, le pregunté después que me contó cómo había sido todo aquel artefacto. “¿Qué me importaba el cucharón?”, contestó riéndose. “Si yo lo quería para esa noche y nada más”.

Y era tan listo que ya estaba de nuevo, con sus manos abiertas y ensangrentadas, cuando Papá me bajó del tablado. Con las manos ensangrentadas por los raspones y diciendo “Permiso, permiso”; y no sé si esa vez lo obtenía para mí, entre los aplausos que se aflojaban un poco cuando la gente veía de más cerca sus lastimaduras, o si se apartaban por él mismo, para que fuese sin demora a curarse. Durante años he pensado si no fue un horrible presagio aquella imagen del Tonín de once años con las manos cubiertas de sangre. Papá lo maltrató muchísimo en el camión, lo llamó pedazo de imbécil, le prometió la gran paliza de sus padres, vociferó después —con toda incongruencia— que él era el único culpable, por haberle dado alas a un mocoso de eme. “¿Qué le decimos a tus padres, ahora?”, repetía Papá. Y Tonín le contestó con una cordura maravillosa: “Cuéntenles lo que pasó, sin agregar nada”.

Por eso, no sé si como segunda huelga o como homenaje a Tonín, yo me negué a ir a retratarme en una fotografía comercial, cuando a Mamá se le ocurrió la idea. Estaba la Foto Niceri, en Dieciocho entre Municipio y Defensa, cerca de casa. Trabajaban los dueños, que eran marido y mujer. Papá los conocía y seguramente iban a dejarle disponer las olitas y las rocas, en

lugar de sacarme sobre uno de aquellos biombos españoles, contra el que posaban todas las niñas del barrio que decoraban su vidriera. Allí me tomaron después la foto de los quince, con un traje de grandes florones, que hoy me parece impresionante; y Mamá sigue temiéndome colgada encima de su cama y se indigna cada vez que yo ofrezco comprársela, darle por ella todo lo que quiera.

Podía haber sido Niceri, pero una vecina dijo que Niceri no publicaba en “Mundo Uruguayo” y en cambio otras dos fotos, también de Dieciocho pero más al centro —Civitata y Faig— sí publicaban. Fui y revisé “Mundo Uruguayo”; salían unas fotos que daban vergüenza de tan infelices, y sobre todo me espantaron los títulos. “Galería infantil”, decía una de las páginas; “Los pibes ricos”, decía la otra. Me planté en que no iba, en que no me vestía. Mamá rezongó algo y acabó por dejarme. Papá no quiso darle ninguna importancia.

Y así es como no hubo foto y hoy mismo creo que ya no hay traje. Estaba en una caja y nunca he bajado al sótano a buscarla; le tengo un miedo atroz a las arañas. Pero el traje ya estaba muy manoseado y quebrado, casi deshecho cuando dejé de verlo. Y no he vuelto a saber de él desde que Tonín se fue a vivir a Rivera. ¿Quién le dice que no lo haya robado y se lo haya llevado? Yo lo sospecho a veces, pero no quiero salir de la duda. Mejor así: tenía su parte en La Sirena, tenía derecho a hacerlo, si lo hizo. Y ahora hay algo mucho más importante que el traje de La Sirena para echar de menos: Tonín mismo, prófugo en el Brasil para siempre.

Hay gente para todo, créame. Había en esos tiempos, en la calle Sarandí, una tienda que se llamaba La Sirena. Y no faltaron vecinas que aconsejaron a Mamá que me alquilara, sí, que me alquilara como publicidad de la tienda; y entonces —con sólo decir algo al presentar el número— ganaríamos la plata del aviso además de la plata de los premios. Mamá ni se animó a proponérselo a Papá; pienso si no le habrá parecido una forma de la prostitución, algo así como un símbolo de la prostitución, para rechazar tan de plano la idea. Tampoco sé, le confieso, si a ellos les importaban los premios como premios o los premios como dinero. Supongo que no lo hacían por interés y hasta me ima-

gino que como ganancia no podía convenirles: todas las jornadas que había llevado el traje, toda aquella agitación, todos los días en que el camión casi no trabajaba para estar a disposición de La Sirena, creo que todo eso no podían compensarlo los premios, por buenos que fueran. Y no serían tan buenos en aquel tiempo, imagínese. ¿Por qué lo hacían, entonces?, preguntará usted. Bueno, no sé, pienso que por vanidad y por una veta de fantasía que está en Mamá mucho más que en Papá, una especie de deseo de culminar en algún orden de la vida, por bobo que sea. ¿Se acuerda de aquella tía de Mamá, la que operó el Doctor? Bueno, ahora es viuda. Pero mucho antes de enviudar casó a una hija, y en la visita del pedido de mano le hizo bailar la Danza de las Libélulas, poniéndose mi tía misma al piano. Mi tío, que era un viejo socarrón, la mortificaba contando la historia: él y el novio sin hablarse, sentados muy duritos en un sillón, de ésos que sólo se desenfundaban en las grandes ocasiones, la prima de Mamá saliendo, envuelta en tules y gasas, entre los cortinados y las columnas de la sala, la tía aporreando el piano y todo aquello haciendo las veces del compromiso, de los esponsales clásicos. Después, todos de pie, ceremoniosamente y sin decir una palabra, tomaron una copa de champagne y el matrimonio quedó concertado. ¡La Danza de las Libélulas! "Así ha sido siempre mi familia", dice a veces Mamá, aunque sin notarlo cuando le toca a ella. Hoy en día, la prima que se comprometió bailando y tomó el champagne vestida de libélula, se divorció y volvió a casarse, me imagino que sin mayores bailes; el tío murió, la tía vive con dos hermanas solteras, el piano fue a parar a un remate. A lo mejor, le digo, fue ese tipo de fantasía el que llevó a Mamá, porque la idea fue de ella, a concebir el disfraz de La Sirena.

Ya que le conté el casamiento de la libélula, en algún momento tengo que llegar al mío, aunque me inspire muy poco, ¡poquísimo! Desde que Tonín se fue a Rivera, se abrió una etapa vacía de mi vida. Crecí, tuve algunos novios, no voy a decirle que no, pero nada importante. Hasta que llegó mi marido. Bueno, dicho de esta manera parece que hubiera llegado siendo ya mi marido; y no fue así. Vino por negocios con Papá, tenía cuarenta años y yo veintitrés. Era un hom-

bre de trabajo, dijo Papá, que había hecho fortuna. "Dueño de una cadena de ferreterías", ésa fue la presentación; la presentación que nos hizo cuando él ya se había ido, por supuesto. Pero fue lo primero concreto que, después de su nombre, Mamá y yo supimos de él: "¡Una cadena de ferreterías!". Aquí el símbolo parece servido: cadenas, fierro, ¿qué más quiere? Usted dirá que mi destino era estar presa, primero de un traje de sirena, después de una cadena de ferreterías. Y a lo mejor es cierto. Le aclaro que no he sido mayormente feliz en el matrimonio, pero tampoco nada desgraciada. Cuando el asunto apareció, casi sin noviazgo, me resultó un modo, una vía de escape para dejar la carrera, que no me gustaba. Había desempeñado algunos interinatos, pero evidentemente yo no había nacido para dar clase a montones de muchachitos. ¿Para qué habré nacido entonces, dígame? Yo misma me lo pregunto algunas noches, sobre todo después de lo que le pasó a Tonín. Y le aseguro que no sé la respuesta, que no veo llegar una respuesta posible con más fuerza que todas las otras respuestas, borrando a todas las demás, que sería el único modo de saber cuál es la verdadera. No tengo hijos, ya le conté. El capital crece y, como dice el escribano de casa, ya hay algunas ferreterías gananciales. Maldito si me importa, le aseguro. Como mis padres con los premios de La Sirena, yo no sé si tendría algo que buscar con la plata que siguen dándome los negocios de mi marido. La plata y las comodidades, todo lo que quiera. Pero lo que él no ha podido darme es un hijo; o yo a él, seamos justos. Ni tampoco averiguamos, porque los años pasan y hemos perdido la esperanza. La esperanza o el miedo, qué sé yo. No estoy segura de que yo lo haya querido de veras, de que yo haya deseado muy de veras ser madre. Es como las respuestas que espero inútilmente: si ese deseo hubiera tenido fuerza, mucha fuerza, el hijo habría acabado por prender dentro de mí, en cualquier forma.

Tonín me escribió por última vez desde Rivera, cuando mis padres le avisaron a sus padres que yo me casaba. Me mandó una cartita de pocas líneas, que tengo guardada. Una cartita de felicitación, pero que no disimulaba su gran tristeza. En casa decían ya para entonces que Tonín se había torcido: había dejado de

## EL ESPEJO

Fue en medio de aquel verano de tu adolescencia. Tenías dieciséis años y aquella tarde cayó ante ti el único sentimiento que hayas tenido por hombre alguno, antes de Carlos. Luego pensaste que lo habías inventado, claro está; que había en toda tu persona —en tu infancia, en el hueco de la muerte de tu padre, en la aridez de tus hermanas— una vacancia afectiva que era capaz de crearse sus objetos, de hacerlos verosímiles.

Lo cierto es que aceptaste ir cuando supiste que el muchacho estaba enfermo. Clamaba por ti, dijeron. El largo viaje en ómnibus, la fruición con que entreabrías los labios para que el viento que golpeaba en las ventanillas y se revolvía en tus cabellos poseyera también el interior de tu cuerpo, fueron después lo mejor del recuerdo. Gracias a ese ánimo de entrega pudiste no sufrir (hasta que te tocó bajar a la calle polvorienta de aquel pueblo, distante cuarenta kilómetros de la ciudad) el bochornoso calor hacia el que había madurado el día, la asordinada y vibrante tensión que dominaba en ti ante la idea de su madre, de su casa, de su encuentro. No era lo mismo que hallarlo en los patios de la Universidad con su melena caída y sus trajes demasiado ajustados, con su aire desabrido de dejarse querer, de motivarlo desde su debilidad.

Era otra cosa y lo supiste —con un desánimo oscuro, que te volvía al cubil de tu propia, odiada niñez— en cuanto lo viste en la cama, rodeado de su madre, su veladora llena de pócimas, de frascos, de compteras, de jarras amordazadas con cedazos. No había ninguna proporción sensible entre el hecho de que hubiera clamado por ti (así te dijeron, tú no lo inventaste) y el desentendimiento inerte con que ahora, sin levantar siquiera aquellas manos lechosas del borde de las sábanas, te recibía. La madre solamente te miró, como diciendo reprobatoriamente "Ya sabía" y descartándote en tu insignificancia, en tu timidez, en el aire revuelto

que todavía quedaba entre tus cabellos. Te sentaste y al punto te olvidaron, puesta a la orilla de la relación de necesidad que a ellos, en cambio, parasitariamente los ligaba. Viste y te repugnó el caldo tibio que ella iba haciendo subir penosamente hasta la boca de su hijo, en los viajes de una cuchara de estaño. Viste las olas flojas, de niño enfurrñado, que la boca del muchacho hacía para resistirse a lo inapetecible del alimento, o para decirte sin palabras su inapetencia por la vida, por los estímulos que lo rodeaban, lo insulsos que le resultaban a un tiempo aquel caldo, tu presencia, el mundo y la pasión. Y advertiste también la relación tierna, rapaz, cruel, abusiva que existía entre ellos dos, entre él y su madre. Mientras ella estuviera en la habitación tú seguirías arrumbada, depositada como un traje en la silla, postergada. Corrió sobre ti —la boca llena de un indeciso buche de caldo, que no se resignaba a tragar— unos muertos ojos de pescado, sin ganas de liberarse de la obsesión posesiva de la madre, que había pasado momentáneamente de vigilarle los ojos a atenderle el movimiento de los labios, para el próximo viaje de la cuchara, ya llena y ligeramente temblorosa en la densa atmósfera del cuarto. Corrió por ti los muertos ojos de pescado, sin asirse a tu rostro, sin quererlo, sin reconocerlo siquiera, resbalando sobre él sin palparlo, como si toda tú estuvieses contenida en un plano y en él no hubiera vida sino simplemente una achatada, una borrosa figura de otro sitio y del pasado, que ya no le importaba, que ya no podía sostener en la ficción de que jamás le hubiera importado. Cuando la madre renunció a que tomara el resto del tazón y salió por un instante, dejándolos a solas, lo miraste, incorporándote ligeramente en la silla, irguiéndote en demanda de una respuesta, despegándote del fondo del respaldo en que él habría querido, tal vez, que siguieras indefinidamente incrustada. Lo miraste, debiste escarbar en él una explicación —la justificación de tu viaje, el día y el calor en el camino, tu extrañeza del sitio, la hostilidad de la madre— pero sólo obtuviste un gesto ambiguo, un gesto que al pasar los años no supiste si habías también inventado, si tus ojos no habían dibujado desde la nada y la ansiedad, un gesto tan claudicante e imperceptible que no sabrías si radicarlo en las cejas, en un frunci-

miento de los párpados, en la remoción pronto aquietada de una rodilla bajo el cobertor.

Descubriste sin embargo con claridad lo que había en ese conato de gesto, en ese ademán trunco y desistido. Había rabia e impotencia, rabia por él y por ti, impotencia por necesitarla y no necesitarte. En el resto del ademán habría hecho quizá la salvedad, te habría dado a entender que eso sólo sucedería mientras estuviera enfermo, que ya volvería a la salud y hacía ti. Supiste, de todos modos, que en algún sentido estaría siempre enfermo.

Luego del almuerzo —un almuerzo estirado, reticente, aburrido, todo lo ceremonioso que el oprimente calor de las dos de la tarde en aquel pueblo mediterráneo podía permitir— te convencieron en tu misma derrota. No estabas tan lejos de tu casa, hervía la tierra, volverías en el ómnibus de las seis de la tarde. Y entonces te hablaron del reposo, otra vez del calor y también de la siesta; y te confinaron a aquella habitación que daba al patio y entornaba hacia él dos hojas de persiana hasta el suelo. Corrieron el toldo, porque de otro modo la reverberación solar se colaría a través de la claraboya y por las tablillas de la celosía; tú echaste primero la falleba y luego cerraste las dos hojas de la puerta y aseguraste los postigos. Una noche a destiempo, una empozada noche de aire quieto, una habitación por medio de aquella en que ahora dormiría el muchacho, te rodeaba. Viste la cama preparada, la cómoda de ébano con sus guarniciones y sus filetes dorados; y señoreando y recogiendo la claridad que venía de los tres tulipanes de la araña que encendiste en el techo, un enorme espejo elíptico, sostenido en un montante que acaso era también de ébano, un espejo *psyché*, un espejo que podía reclinarsse en ángulos distintos, girando sobre un eje horizontal que se aseguraba en los dos travesaños mayores del montante. Empezaste a desvestirte parsimoniosamente, con algo de la lentitud que sobrevivía del almuerzo y del estupor en que aún te hallabas. Porque tu resignación (dijiste) aún no había llegado, pero lo activo de tu repugnancia cedía ya a una forma más lánguida del desconcepto, a un primer reconocimiento de la fatalidad en la aventura de los sexos. Pensabas en el enfermo, en la viciosa atadura que lo unía a su madre, en lo abyecto que te

resultaría tener un hijo (ya retrocedías, pero aún no podías imaginártelo engendrado por otro hombre que por él) y sentir que se adheriese a ti del mismo modo. Habías sufrido desde siempre la hostilidad de tu madre pero debiste haber tenido, confusamente, la visión de otro enlace más sutil e indeseable, más amorosamente corrupto. Estabas sola, estabas lejos, estabas en un verano que no se parecía al de tu ciudad; todo cundía como un error en torno de ti, un error y un engaño y una estafa, una triste y dolorosa impostura, como si un tras-punte malicioso te hubiera inducido a que avanzaras por un escenario equivocado, por un decorado que no correspondiese a la parte que hubieras aprendido, que quisieras decir. Entonces, provocada por lo remoto del lugar y la hora, agujoneada por la debilidad del enfermo, insidiosamente acosada por el espacio desconocido y hurafío que parecía cambiarse sin cesar tras las hojas de la celosía, te encontraste de pronto —sin saber cómo habías caído a su centro ondulado, silente y cadencioso— realizando el único acto puramente depravado de que pudiste acusarte en tu vida. En aquella pieza de muebles extraños, pulidos y limpios, la soledad te ajustó otra cinta sobre el espejo y te viste de súbito terminán-dote de desnudar ante él. Te despojabas teatralmente, con una perversidad rebuscada y majestuosa, con un aire que pensaste disoluto y soez y quizás haya sido tan sólo paródico, descocado en la imaginación de tu inocencia, aterido y burlesco. No sé si te habrás animado a contarme todo lo que hayas hecho entonces, ignoro si tuviste (y me salteaste) alguna de esas consideraciones absurdas, disparatadamente obscenas de la propia persona, alguna de esas fantasmagorías de la degradación y la impudicia que un adolescente suele pensar o ensayar a solas, para estar seguro de que es libre y el mundo no puede ya tocarlo con nada, enseñarle nada. Te miraste luego largamente, cuajada allí y sin ropa, virgen y todavía no deseada. Los mismos tiradores circulares de los cajones de la cómoda, brillando tenuemente en el tramo que el espejo copiaba a tus espaldas, parecían alusiones carnales hacia tu soledad, círculos inventados por tu deseo. Por tu deseo postergado quién sabe por cuánto tiempo (comenzaste a sentirlo) y por un deseo urgente de agredirte con algo, de envilecerte a solas. Te diste entonces al juego de hacer

cabecear el espejo dentro del montante. Si lo empujabas por su mitad inferior y era la parte alta la que venía sobre ti, veías en primer plano, cercana y como saliéndose del azogue, la raya de tu cabellera vuelta a preparar para el almuerzo, las bandas de tu pelo y el nacimiento de tus senos, la mano que los alzaba y ceñía para proponerlos, con infantil demonismo, a la neutralidad del espejo. Y si lo empujabas en la parte de arriba, el espejo avanzaba hacia tus piernas como una bandeja y era entonces tu sexo el que venía hacia la luna, tu monte de Venus el que subía perezosamente, el que aleteaba su mariposa oscura.

*Al cabo de un rato de malvada contemplación, de equivoca adoración de la gran disponibilidad de tu persona, diste vuelta, fuiste hacia la cama y te tendiste desnuda, sin apagar la luz ni desflorar las sábanas resplandecientes y marchitas. No pudiste dormir y hay un par de horas de tu vida que han quedado en aquel aposento, dos horas que perdieron después su contenido pero por las que siempre te sentiste, aprensivamente, emplazada a rendir cuentas. Llegó el momento y te volviste a vestir, de espaldas al espejo. De espaldas al espejo y a la casa, también te fuiste; y al pisar el umbral y entrar de nuevo al clima de la calle polvorienta, en la pulpa madura del verano y de las cinco y media de la tarde, habías ya resuelto tu vida por unos cuantos años, y no tan sólo desligarte sin palabras de aquel pobre muchacho.*

## ANTE EL PAREDÓN

...y además, querido, presencié una ejecución. Resulta mucho más fácil decirlo —y aun describirlo ahora— de lo que fue haberlo vivido. Era una calurosa noche de mitad de semana y habíamos cenado con Viera. De pronto, a la sobremesa, se levantó y fue a telefonar. Cuando volvió, me dijo sencillamente: "No quería proponértelo hasta la hora del café: esta noche hay una ejecución en La Cabaña. ¿No querrías venir?" Debo haber sonreído ante su escrúpulo de dejármelo para los postres, pero acepté. Tú recuerdas que habríamos ido, en la madrugada del juicio, si a Sosa Blanco —que todavía sigue vivo— lo hubieran fusilado en seguida. Esta vez se trataba de un militar de graduación no muy alta, convicto de no sé qué crímenes. En todo caso, parecían haber aprendido la lección: el juicio había sido silencioso y la condena y su cumplimiento se publicarían en los diarios una vez que la ejecución se hubiera efectuado.

Fuimos en el auto de Viera, pasada ya la medianoche. Y la velocidad y la orilla del mar fueron lo único agradable, bajo un cielo tirante y claro de sequía. En La Cabaña todo parecía tranquilo, como, en cualquier jornada de rutina. Cuando nos avisaron, por el teléfono interno, que la ejecución estaba a punto de realizarse y salimos de la Comandancia, tomando por uno de los fosos de la antigua fortaleza, un grupo de milicianos armados nos precedía. Al principio no me di cuenta de lo que era, y supuse que se trataba de una patrulla o de un relevo, yendo hacia alguna de las esquinas del fuerte. Caminaban conversando, con absoluto desaliño, sin ninguna marcialidad. Se pedían cigarrillos o se daban fuego, deteniéndose un segundo, abrigando la llama en el puño de la mano. Cuando el oficial que nos acompañaba nos dijo que aquello era el pelotón de fusilamiento y el condenado marchando juntos, me costó creerlo. ¿Era posible que todo se hiciera con tanto desprecio de la majestad, de la solemnidad que uno adjudica,

por prejuicio si quieres, a la pena de muerte? Caminaban hablando en voz alta, haciendo resonar los zapatos en la oscuridad del foso, frotando aquí y allá un fósforo contra los muros. El condenado debía ir al frente, y el oficial quería mostrárnoslo. Preferí no verlo hasta el final, hasta el momento en que ya fuese inevitable. "Un sacerdote va a su lado", dijo el oficial. Se adelantó por su cuenta unos metros, poniéndose a la cabeza del grupo, y luego se quedó apoyado en el largo paredón, hasta unírse nos, a la cola. "Va bastante asustado, pobre hombre —dijo—. No puede hablar ni fumar y lo llevan casi de arrastre." Lo que yo no había querido ver se me apareció tal como lo presentía. El camino era largo y los milicianos —por lo menos aquellos que nosotros teníamos más cerca— continuaban hablando desgachadamente, sin ningún sentido de la importancia de papel que les tocaría desempeñar en dos o tres minutos más.

Sin deliberación de la memoria, surgió ante mí un terceto de Infierno del Dante: "Passo passo andavam senza sermone / guardando ed ascoltando gli amalati / che non potean levar le lor persone". Allí no había enfermos, claro está, como no fuese Viera, que se quejaba de lo mucho que habíamos comido, de la cerveza que ya sentía encharcársele en el vientre y de la previsible pesadez de su digestión. Pero el condenado no podía hablar, fumar ni sostenerse.

La larga galería pétreo, excavada entre altos terraplenes, comenzaba a dar una curva, y, oculto todavía de nuestra vista pero nimbado por una aureola polvorienta de luz, tras esa curva estaba el sitio de la ejecución. "Es allí donde está el reflector" —dijo el oficial—. La sensación de que aquella caminata nocturna no era eterna, fue un pequeño alivio. Pero duraría muy poco. El foso se ensanchaba y, desde uno de los bordes de terraplén, el reflector bajaba hasta caer sobre un trozo de muro, en la pared opuesta. Allí debían colocar al condenado. Un hombre, en lo alto, manejaba el reflector, lo hacía errar sobre la cresta del paredón, lo bajaba articulándolo torpemente. El oficial que mandaba el pelotón gritó algo y el reflector se aquietó.

Vi entonces al condenado. Era un hombrecito flaco y sería totalmente insignificante si no fuera porqu

su posición era la central en aquel espectáculo. Vestía una camisa blanca y un pantalón oscuro. El cono de luz exaltaba su palidez desencajada y hacía, en cambio, enorme al sacerdote que lo flanqueaba, rechoncho y alicaído como una gallina vieja. Los integrantes del pelotón se desplegaron frente al condenado y el oficial que los mandaba (no el que iba con nosotros) les dio algunas instrucciones. "Seguramente sobre el modo de apuntar", dijo Viera. Eran novatos, y se esperaba a último momento para instruirlos, a fin de evitar que se impresionaran. Eran los que iban a quedar vivos y, por eso mismo, aquellos cuyo ánimo importaba cuidar.

El condenado permaneció un instante bajo la luz, como alelado y sin darse cuenta. Pero cuando el sacerdote tomó distancia, desapareciendo hacia un costado, comprendí que el trance había llegado. Fue entonces cuando su parálisis cedió a una forma más activa del terror. "No, un momento, un momento —gritó hacia el grupo (el pelotón delante y nosotros detrás, en la penumbra, algunas caras saliendo a borbotones en los límites del chorro de luz)—. Un momento, por favor".

—¿Qué quieres? —preguntó el oficial, con visible impaciencia. Porque la retirada del capellán había sido, también para él, la señal de que el momento había llegado, mientras en un costado del pelotón, uno de los hombres aplastaba el cigarrillo contra el taco de su botón de campaña.

—Un momento, un momento —insistía el hombrecito—. Aguarden un momento, tiene que venir, tiene que venir.

¿Qué era lo que tenía que venir? ¿Se refería a una persona o tal vez a un papel, a una orden de indulto? Cuando el oficial se lo preguntó, el condenado no supo responderle. Con una voz suplicante y enronquecida, se limitaba a repetir lo mismo: "Tiene que venir, tiene que venir".

—Vamos hombre: tenga cojones —ordenó el oficial, ya irritado—. Sepa morir, que para eso es militar.

El hombrecito se había movido primero hacia un costado y el reflector lo había seguido. Pero luego se puso en cuatro pies y se dio a gatear monstruosamente a lo largo del foso. Y a ese nivel de zócalo, el haz de luz —es-

torbado por la altura de la propia pared en que se apoyaba— no podía encontrarlo.

Dos o tres milicianos quisieron adelantarse a alzarlo, pero el oficial, con un ademán de la mano abierta, los contuvo. Fue él hacia el condenado y le habló con firmeza, pero ahora sin irritación:

—Tenga cojones, le digo. Sepa morir. No vendrá nadie. No hay nada que esperar.

—Cuando aquí se enojan con alguien, no lo tutean —me aclaró Viera—. Es la única vez en que lo tratan de usted. ¿No te has fijado?

El comentario parecía extrañamente lexicológico en aquel momento atroz.

El hombrecito, que se había transformado en una especie de absurdo animal, trotaba por el foso; y el oficial lo seguía, hablándole sin pausa. •

—Cuando falla el coraje las cosas salen mucho peor —dijo el otro oficial, a mi lado—. A Casillas Lumpuy le pasó lo mismo que a este hombre. Pero aquella vez pudieron dar la orden de tirarle mientras corría en cuatro pies y así lo fusilaron.

Lo más cruel e inverosímil de toda la escena era la gratuita sensación de nuestra impunidad, ese abismo de impunidad y de certeza que nos separaba del hombrecito. Viera, que fumaba sin cesar, quejándose de una digestión laboriosa; yo, que crispaba los puños dentro de los bolsillos del pantalón para mantener un talante de impavidez y de aplomo; los milicianos, que vaticinaban que habría que amarrarlo a unas argollas de la saliente del muro, si querían fusilarlo de pie; el capellán, que se había apartado del grupo y seguía repasando las cuentas de su rosario, como si no quisiera ingerirse en toda aquella algarada siniestra, que su piedad no bastaba seguramente a entender. Y como un ser de otra raza, como un perro acosado y sarnoso, el hombrecito en mangas de condenado, que había sido condenado a morir y no quería rendirse a la evidencia de que ese minuto había llegado.

—Bueno —dijo el oficial que mandaba el pelotón con un tono desalentado, como si debiera ceder a una vergüenza, contra todas las reglas del oficio—. Ve tú (dirigiéndose a uno de los milicianos) y trae unas cuerdas. Habrá que amarrarlo.

El miliciano apoyó el fusil contra el muro, a mi lado, y salió a grandes zancadas, en busca de las cuerdas. Los demás aflojaron filas, comenzaron a murmurar sordamente. Las pisadas del que se alejaba venían corriendo despavoridas, desde el fondo del corredor, y chocaban contra el grupo que formábamos debajo de la luz, ya confundidos y sin alineación alguna.

El hombrecito, entre tanto, había dejado de moverse. Acababa de comprender que tenía una tregua de algunos minutos y nos miraba como una liebre encandilada. Quieto, en cuatro pies, con los ojos húmedos y desorbitados. “Tiene que venir, tiene que venir” —dijo tozudamente un par de veces más, pero ya sin ningún acento de aguardarlo—. Lo miré, como recordarles que habíamos mirado —de pie ante la mesa del tribunal que le leía su sentencia de muerte— a Jesús Sosa Blanco. ¿Cómo nos vería él a nosotros?, pensé. ¿Cómo vería yo mismo a este grupo (extraños en la hora final), si estuviera a un tiempo en él y así en cucullas, a punto de morir y con el muro a mis espaldas? Nos vería seguramente como a un grupo de gente errando en un camino por la noche, o como se ve a un círculo de curiosos amontonado alrededor de un gato deshecho o de una bicicleta caída, si se le observa a través del parabrisas lluvioso y sobre el fondo de luz creciente que abre un coche, aproximándose en sentido contrario. “Durante treinta y cinco años, sin que tú lo supieras —pensé—, tu vida ha estado madurando hacia este minuto. Y ésta es la eclosión”.

Trajeron dos cuerdas. Con una le ataron los brazos, por detrás del cuerpo, y con otra le semisostuvieron el tronco, asido de las argollas del muro (el reflector giró hacia allí). Creo que el hombre estaba ya casi desvanecido, porque tenía la boca entreabierta y la cabeza pendulante. Quedaba como volcado hacia adelante, con las rodillas flexionadas y los pies arrastrando por el suelo. Cuando lo hubieron atado, el capellán se arrimó y le tocó la frente, en un ambiguo gesto de verificación o de piedad. Luego se le vio alejarse, extraer un pañuelo del bolsillo de la sotana y restregárselo por la palma de aquella mano que se había despedido de la frente del prisionero.

Una ejecución porfiada, discutida, regateada: no puede imaginarse nada más ominoso. Me acosté a las cua-

tro de la mañana, tras tomarme —solo en la habitación del hotel— más del tercio de una botella de ron. Ni aun así (carecía de somníferos al alcance de la mano) conseguí provocarme la clase de sueño compacto que buscaba, el sueño fondeado en el último estrato del ser, el sueño sin ensoñaciones. Toda la noche el hombrecito de la camisa blanca estuvo venciendo las ligaduras y viniéndose hacia adelante: toda la noche estuvo agitando los brazos y pidiendo que aguardáramos algo, discurriendo ardides, inventando fantásticas artimañas para no morir. Transpiraba sin cesar por aquella frente que el capellán había enjugado con su mano; transpiraba tanto que su cabeza empapó mi almohada.

## ARNOBELDUS O EL AMOR CONYUGAL

Sostengo que ésta es una historia de amor: del amor que teme perder su objeto, del amor que agrede por miedo de perder su objeto. Por eso, porque saben que éste es un costado necesario del amor conyugal, las mujeres prefieren juzgar que este tipo de historias es gratuitamente cruel, baldío y en definitiva horrible. Y los hombres, en cambio —porque son los que deben sufrirlo— han acabado por ver en ellas apólogos estrictamente razonables.

Mi amigo Arnobeldus y la mujer de Arnobeldus, mejor dicho El Matrimonio Arnobeldus, vivía en el tercer piso de una casa de apartamentos, en un suburbio que —a la época de esta historia— no podía considerarse residencial y hoy lo es; porque Montevideo progresa por extensión, como las situaciones conyugales.

Era un apartamento angostito y tenía tan sólo una ventana que, a esa altura del tercer piso, daba a la calle: la del dormitorio conyugal de Arnobeldus. Esta ventana abría sobre la visión de un trozo de calle y, más cerca aún, sobre el cuadro disponible de lo que sería con el tiempo una plaza. Hoy han construido ya esa plaza, no puedo saber si en el contrapiso de ella está enterrada la sonrisa de Arnobeldus, la disuelta sonrisa de Arnobeldus. De todos modos, el matrimonio ya no vive allí.

Arnobeldus era por aquella época (hablo de quince años atrás) un hombre joven, rubio, alto, que debería parecer hermoso a las mujeres. Trabajaba de noche en un diario y las trasnochadas le daban un aire ligeramente mustio, casi imperceptiblemente marchito, que me imaginó que podía enternecer la imagen de su encanto. Pero entonces tenía poco más de treinta años y no podía sentirse que la marchitez iba a avanzar de tal modo sobre sus años maduros, que son los años del desgaste de Arnobeldus y supongo que los años felices y tranquilos de su mujer, los largos años navegables de la calma chica del amor conyugal.

Tenía poco más de treinta años pero una infancia pobretona y desnutrida y una adolescencia hedonista y descuidada habían arruinado los dientes de Arnobeldus; y su "maldita falta de calcio", de la que hablaba a nosotros sus amigos más íntimos como si tratara de una enfermedad vergonzosa, había llevado a aquella abrumadora catástrofe: le habían arrancado las últimas piezas dentales, que discordaban —por solitarias, por movedizas, por corroídas— con el perfecto trazado de su boca, con la nobleza de su perfil romano.

Se las habían extraído, casi sin dolor para su cobardía (de tan inconvicatas y flojas como deberían sentirse debajo de los armoniosos labios de Arnobeldus, perjudicando, si ellos se abrían, la seductora sonrisa de Arnobeldus); y en su reemplazo, con infinita paciencia, con trémula responsabilidad, un dentista que era amigo de todos nosotros y víctima particular de Arnobeldus, destinatario de su eterna letanía y proveedor de tardíos remedios calcificantes, había ajustado para él, para sus futuras encías de viejo guardadas durante meses de licencia en su casa, como una vergüenza precoz, como si alguien todavía vivo recatara a la vista de los demás la imagen invencible de su calavera, una dentadura absolutamente maravillosa y perfecta. Había sido pulida a través de sesiones inacabables, trabajada hasta detalles de insospechable verosimilitud: la mordida de Arnobeldus, el engaste providencialmente natural sobre el color de sus encías, el desgaste en bisel de los incisivos, abriendo una imperceptible ventanita en la sonrisa de Arnobeldus, como en el tiempo de sus dientes verdaderos ocurría.

Porque Arnobeldus había podido volver a sonreír y los discretos dientes no brillaban demasiado. Había aprendido a hablar, tras días en que sólo murmuraba (y muy especialmente silbaba) en privado. Había retornado al trabajo, abandonando la servicial excusa médica del surmenage. Oh, la verdad es que las primeras pruebas de la dentadura habían estado a punto de provocárselo y las primeras pruebas de lenguaje lo habían arrastrado al borde de una crisis nerviosa y nadie habría podido desear al suicidio. Había logrado dominar las pronunciaciones sibilantes, endurecer las sílabas flojas donde el aire desafinaba al comienzo, donde su paladar postizo revelaba, mal dominado, oquedades atroces; había lle-

gado a poder con los insultos, con las palabras explosivas que, soplando desde los carrillos, en los primeros días parecían suscitar verdaderos sismos en el interior de su boca.

Había vuelto, en fin —¿a qué detallarlo más, si ya estaba olvidándose de todas sus penurias?— a la vida plena. Y la mujer de Arnobeldus lo había celebrado con esperanza, con rejuvenecimiento y alegría. Volvía a ser el sujeto encantador, el ocurrente, el malicioso, el animador insustituible de las ruedas en que, por él, buscábamos a los dos. La mujer de Arnobeldus debía haber tenido la grotesca impresión de que todos nosotros, los amigos de la pareja, en retroceso o pánico, agolpados en los rincones mientras se demoraba aquella "obra maestra de prótesis" —como el dentista se ufanaba en llamarla— hubiéramos acudido luego tumultuosa y alegremente hacia el centro del consultorio, rodeando el sillón de dentista en que Arnobeldus, como afirmado a un trono, sonreía a la redonda, estrenaba su sonrisa flamante y perdurable; aplaudiendo y adorando la dentadura perfecta que nos devolvía al perdido Arnobeldus, al maravilloso Arnobeldus, al impagable Arnobeldus, al Arnobeldus de antes.

Pero el matrimonio es el estado verdadero e indefenso del hombre y Arnobeldus carecía de pudor ante la mujer de Arnobeldus. No el mero pudor de la desnudez, que es un pudor de plaza pública y que en el caso de Arnobeldus podría haber sido una forma íntima de narcisismo, porque sus músculos eran largos y afinados, sus piernas semejaban los remos de un animal de raza, su cabeza ensortijada y su frente lobulosa señoreaban aquel cuerpo de estatuaria clásica. No. El impudor de Arnobeldus ante su mujer se exhibía en una mínima operación nocturna: antes de apagar la luz para dormirse, Arnobeldus extraía con dos dedos su dentadura y la sumergía en un vaso de agua, puesto en la mesita de noche. Y eran esos carrillos desinflados, que chupaban el dibujo de su boca romana, los que le enviaban el beso final de cada día.

Hasta que llegó el momento en que Arnobeldus, ya suficientemente seguro de sí, volvió a tener una amante; como había tenido en otro tiempo, como su mujer había podido saberlo, llorarlo y perdonarlo; o al menos —en el amor conyugal nunca se sabe— llorarlo y esperarlo.

Arnobeldus lo experimentó como su prueba de haber regresado verdadera y plenamente a la vida: sin inhibiciones, con la antigua confianza en sí mismo, por tantos meses arrumbada; con su nueva sonrisa portentosa, con su prestancia de animal hermoso.

Pero lamentablemente —el largo desuso de sí mismo se lo había hecho descuidar— sin la astucia de un animal receloso. Y la mujer de Arnobeldus, revolviendo una noche los bolsillos del traje que Arnobeldus había dejado sobre una silla (y conste que ella buscaba dinero para la botella de leche, no revelaciones) encontró de pronto una carta. Una de esas cartas innecesarias que, en el misterioso orden de la Providencia, escriben las amantes para que las encuentren las mujeres legítimas, que son sus auténticas destinatarias. La mujer de Arnobeldus, con una frialdad exaltada y resuelta, escondió la carta bajo el colchón, durmió sobre ella. El flojo beso nocturno de Arnobeldus cayó sobre la mujer durmiendo encima de la carta, como un matasellos.

Y a la mañana siguiente —con reticencia de perderlo, con ira y con cálculo— la mujer de Arnobeldus planteó el descubrimiento y el escándalo. Arnobeldus no supo casi defenderse: la arrogancia de su primera juventud había vuelto en él con una fuerza tan inocente y jactanciosa, que en cierto modo no le pareció mal que su mujer lo supiera; e incluso habría estado dispuesto a usarla de confidente, darle detalles acerca de su amante: su estatura, su edad, sus relativos encantos. Ante el solo pensamiento de esta imprudencia, cometió otra: la golpeada causa de orgullo que estaba extrayendo de toda la situación, despuntó una sonrisa en su boca. Entreabrió entonces por un instante las enfiadas, que a esa hora de la mañana y a esa altura de su arreglo estaban todavía desnudas. Aquélla fue la causa de su perdición aunque ahora (seguramente lo piensan así el envejecido Arnobeldus de menos de cincuenta años, su rechoncha mujer madura) parezca la catarsis, el acto de purificación por el cual los dos salvaron para siempre su indisoluble matrimonio.

Porque al ver aquella sonrisa, la mujer de Arnobeldus no precisó más:

—No me opongo a que tengas una amante —dijo—. Sólo quiero que con ella tus cosas sean tan verdaderas

como han sido siempre conmigo. Y que pueda verte así, como yo te estoy viendo ahora.

Arnobeldus todavía no había acabado de comprender lo que aquella postulación de igualdad envolvía como amenaza, cuando la mujer estuvo al lado del vaso, lo arrebató con un gesto rapidísimo y lo arrojó desde la ventana del tercer piso, abierta a las calmas del verano.

Arnobeldus, sin preocuparse de su desnudez (no había casas enfrente, nadie podía verlo) se asomó a la ventana y miró hacia aquel espacio vagamente circular donde algún día harían (ya hoy está hecha, es mucho menos vistosa de lo pensado) la hermosa plaza que habían proyectado y exhibido en maquetas, en las ferias municipales: con canteros, con pinitos de felpa y alambre, con caminos de polvo de mica. Miró hacia ese yermo de lamparones calizos, vio los fragmentos del vaso y debió ver, al sol de la mañana, como puntos brillantes, sus dientes dispersos. La mujer de Arnobeldus ya se había ido del dormitorio, pero no a pedir su divorcio. Seguramente estaba satisfecha, porque lo cierto es que Arnobeldus volvía —por virtud de aquel acto tan sencillo— a estar de nuevo, y acaso por siempre, junto a ella. El tiempo le ha dado la razón.

## LOS DÍAS ESCOLARES

### I

Al ir a la escuela y al volver de ella, por la calle Joanicó, pasábamos siempre frente al balcón abierto, y veíamos al hombre acodado a la baranda de madera, puestas a un lado, en pabellón, las muletas que usaba. Tendría unos treinta años, y su rostro era blanduzco y pálido, enmarcado en una barba muy negra. Los ojos, pequeños y redondos, se incrustaban en la hinchazón anfática de la cara, pero tenían —en su quietud de mirada de búho— un brillo y una humedad equívocos, un vaho de tristeza empañada y, acaso, una tintura de amarguras crueles. Con el tiempo me he preguntado si el inválido, con su pierna derecha amputada por encima de la rodilla, tenía ese aspecto de parasitismo rencoroso sencillamente porque se sentía inútil, o si también había en él un ser castrado o delirante, un tísico o un homosexual. Se adivinaba —nunca la vimos— una madre que lo había confinado a aquel cuarto y lo forzaba a mantener abierta la ventana. A alguna hora del día le bajaba la temperatura, a otra lo conminaba a acostarse.

El aposento, apenas entrevisto tras el calado del balcón y la tiesura vestida de oscuro de aquel cuerpo que lo entorpecía, devolvía un fondo azogado de espejo, el fulgor distante de una moldura de caoba y, como una franja horizontal y más clara, la colcha blanca de la cama, algodónando el golpe ciego del muñón, cuando el inválido se inclinaba a mirarnos.

Ninguno de nosotros tres lo saludaba. Pero tal vez ya habíamos visto en sus ojos, en su semisonrisa de indulgencia no pedida, en la costumbre que lo aquerenciaba al hecho de vernos pasar como a uno de los hitos de su tarde baldía, que había en él un oscuro afecto disponible, una suerte de amor acechante, dormido y felino por la infancia. Tenía esa exangüe desgracia de los enfermos crónicos, la de aparecer doliente y bondadoso sin acer-

carse a la simpatía, la de crear recelo con su misma proclamada debilidad, la de exudar una nostalgia impura. De nada valía la barba nazarena a su sonrisa de dientes sucios, a la tajada sangrante de sus encías. No si compartíamos un sentimiento común de animosidad hacia él, porque jamás nos lo referimos como un incidente explícito del camino, en tanto no nos habló, sin embargo, que nos irritaba, como de chico la medialengua de los mayores, como de adolescentes el aire vivido y patrocinante de los adultos. Era, sin inocencia animal, el perro que no se anima a lamernos la mano y que demora en resignarse.

—¿Les gusta jugar a la bolita?, —dijo abruptamente cuando por fin nos habló.

Le respondimos que sí, aunque a ninguno de los tres le gustaba.

—Pasen, —invitó con una cortesía untuosa, y creímos que iba a regalar una bolsa a cada uno.

La puerta del cuarto daba al zaguán. Vimos una salivadera azul, en un soporte de pie, de hierro blanqueado, a uno de los costados de la cabecera de la cama; al otro una mesa de luz, con su losa de mármol y una alta guarnición de madera, que culminaba en un frontón triangular. El mismo armario, visto de más cerca, tenía una hoja central de espejo, flanqueada por dos columnas que remataban en perillas esculpidas, como grandes piñas trabajadas y presuntuosas, y a sus lados dos hojas angostas. Fue, andando con sus muletas, hacia uno de esos cuerpos laterales del ropero y lo abrió, deslizando una mano inerte, fofa, en los montones de ropa blanca entre la profusión de prendas que nunca se pondría. La salivadera, que destellaba como un carbúnculo, era el tabernáculo de la habitación, y divinizaba al enfermo, al gandul gordo y emoliente, exaltándolo en alguna promesa siniestra y vana, codiciosa, incumplible.

Lo vimos volver con unos cartoncitos en la mano.

—Patentes y Contrapatentes, —dijo sin que lo entenderíamos.

Nos mostró entonces los cuadritos tostados. Cada uno tenía inscripto, por un sello de goma que lo trazaba en azul y en rojo, según el grado de su virtud, un mismo perfil romano de mujer, semejante al de una moneda. Las patentes eran azules, las contrapatentes rojas. Pero había algo más.

—Éstas son las mejores de todas —agregó entusiastamente—. Casi nadie las tiene. ¡Contrapatentes Reyna!

Era el mismo perfil, en verde. Cada uno con la indicación de la inmunidad o franquicia que concedía.

—¿Y para qué sirven? —pregunté sin el afán de desilusionarlo.

—¿Cómo? —exclamó perplejo—. Pero entonces ustedes no saben nada. Sirven para defender las bolitas de ustedes y para conseguir las de los demás. En el patio de la escuela, cuando los otros estén jugando, ustedes se acercan. Sacan este cartoncito —explicó tomando el de perfil azul— y dicen "Patente". Hay que tenerla, para empezar. Pero ellos van a tener Contrapatente. Casi todos tienen. La que no tienen es ésta, la Contrapatente Reyna. Y ustedes la muestran cuando ellos ya hayan sacado la contrapatente simple, y se quedan con todas las bolitas que estén en juego.

Era tan increíble como cierto. Los chicos acataban sin protesta la virtud mágica e indescifrable del cartoncito, una vez que lo habían visto. No podía ser burdamente imitado, tenía que haber salido de alguna fábrica misteriosa, y autorizaba el saqueo. Con las caras entonces y serviles, se rendían al secuestro. ¿Bastarían una imprentita de goma y las almohadillas a tres tintas del inválido, o había algún detalle irreparablemente secreto de factura, al que con humildad se entregaban? Era injusto que nosotros, fuera de las contraseñas de ese mundo, estuviéramos despojando a los más entendidos y a los mejor aficionados, por la sola posesión de aquel talismán, por el único efecto de la inservible generosidad del tullido.

Pero él estaba todas las tardes, sobre nuestro regreso, esperándonos para recontar el botín. Tenía una extraña alegría por nuestro asombro, una comezón enigmática; y extraía de todos los episodios el ambiguo sentido de un dominio que ejercía, o se imaginaba ejercer, por intermedio de nosotros.

—Hay que hacerlas dar más, antes de que las prohiban, decía. Porque van a prohibirlas, es casi seguro.

Se hacía relatar las sorpresas, gozaba de habernos transmitido ese poder por el que éramos odiados.

—Nos ven acercarnos y las levantan a la disparada —dijo un día—. Y por primera vez rió con fuerza, con una risa maliciosa, cortita, espasmódica. Tuvo que darse

vuelta hacia la salivadera, y se incorporó con un gesto agotado, que resumía su espasmo y su arrepentimiento.

Sin habernos concertado, a la tarde siguiente empezamos a devolver las bolitas. Regalamos las contrapartentes, para que la guerra siguiera entre los otros. Y al salir de la escuela, también sin haberlo convenido, cambiamos de calle. Lo que entonces sentimos no fue sólo el alivio de poder acercarnos a los compañeros sin sabernos temidos. Quizá descubrimos que sólo puede crearse un miedo en los demás a cambio del propio, y que eran la tos del inválido, el esgarro en el pañuelo y el hilillo de sangre dibujando —en medio de la risa— la encarnadura de los dientes, todo lo que aquellos cartones, al pasar a otras manos, nos habían quitado de encima.

## II

Los que estaban junto a la ventana me transmitían, con la mitad de la boca, la noticia humillante:

—En tercero están leyendo *Corazón*. Tu hermano anda por el patio.

Más allá de los cristales veía entonces su figura errabunda, la cabeza pensativa y ensortijada, la tez trasparente que le había dejado la pulmonía.

La convalecencia había aguzado su sensibilidad, de la que yo me avergonzaba como de un defecto propio. Y el aviso repetía el bochorno de aquella vez en que lo habían olvidado, al comenzar la lectura de "Naufragio", y un chico de cabeza rapada e innoble, tras pedir permiso, había entrado al salón de clase a anunciarme "A tu hermano le dio el ahogo", con una voz que mezclaba el desdén, la innecesaria confianza que envilecía el hecho, el descaro y la diversión.

Sangre romana, El pequeño vigía lombardo, De los Apeninos a los Andes eran para él ordalías insufribles. En mí también punzaban el llanto, pero yo ya sentía la fascinación del patetismo, y el recuerdo de ese gusto malvado es el que me ha impedido, por siempre, juzgar el libro.

"Recobrad vuestro dinero, dijo con desprecio el muchacho, asomado a la claraboya; yo no acepto limosna de quienes insultan a mi patria".

"¡Adiós, niño! ¡Adiós, rubio! ¡Viva! ¡Bendito sea! ¡Adiós!... y las flores continuaban lloviendo sobre sus desnudos pies, sobre el pecho ensangrentado, sobre la rubia cabeza. Y él parecía dormido en la hierba, envuelto en la bandera, con el rostro pálido y casi sonriente".

A otra edad del mismo muchacho, decidí con los años, había escrito Rimbaud "Le dormeur du val":

*Les parfums ne font pas frissonner sa narine;  
Il dort dans le soleil, la main sur sa poitrine  
Tranquille. Il a deux trous rouges au côté droit.*

Por primera vez el patriotismo se me aparecía verez, concreto, corpóreo. Por primera vez las relaciones filiales me oprimían la garganta. "En sus sueños, interrumpidos y penosos, veía siempre la faz de un desconocido que lo miraba con aire de compasión, y después le decía al oído: ¡Tu madre ha muerto!". El miedo de que mis padres nos dejaran, que me había acometido tantas noches al despertar en lo oscuro, volvía con la historia de Marcos. Y el prestigio de un crédito literario abierto por un escritor a nuestros sentimientos, a nuestros arrebatos, a las precoces intransigencias del cariño y del sacrificio, es —con el tiempo vacilamos en reconocerlo— la fuerza que acaba por insertarnos, con un sosiego de normalidad, en el mundo de los mayores. La niñez vive de sus propias e inexpresables vergüenzas, de sus crueldades, de sus abandonos, de sus histrionismos, de sus veleidades, de sus imposturas, de sus devaneos y de sus inconstancias, de los que sólo la memoria —una memoria neblinosa o lunar, que nimba tales o cuales actos, tales perversos o inocentes episodios— sabe más tarde algo, y la razón seguramente nada.

No hubo mejor amigo que D'Amicis para los míos; los asistió con alma semejante, los curó de una amenaza de devastación íntima.

—Tienes que irte al patio —le decía la maestra, tomando el libro de lomo rojo.

Yo, que lo leía con una voz grave y velada —con el cauto proselitismo de la emoción que veía cundir en los otros, apagando progresivamente los rumores obscenos, la inquietud y la risa— no tenía en cambio el coraje de mi hermano para las heridas, para el dedo destrozado por la portezuela del coche, el denuedo de arries-

gar el dolor físico, la violencia ajena y el azar de lo desconocido. Era más valeroso y sencillo, y lo abrumaba menos el sentido del ridículo. Era más feliz y más débil.

—¿Quiénes tienen traje azul? —preguntó la directora—. Y los dos, en tercero y en cuarto, levantamos la mano.

La mañana en que iba a descubrirse el busto, junto a la verja que daba a Ocho de Octubre, era lluviosa y fría. Y nosotros con nuestras blusas marineras —los cuellos con estrellas en las puntas, el silbato de hueso con su cordón trenzado, los galones bordados en oro en la manga— quedamos al frente de la guardia de honor, las manos enguantadas, flanqueando la bandera. Recogíamos en los gestos de los demás, que sólo habían empavesado con la moña azul su guardapolvo de todos los días, el sentido de una solitaria aristocracia y el rencor que provocaba, el grotesco de la propia infatuación y el eco burlesco que la convertía en pifia.

Tras el himno, el coro entonó la alabanza del filántropo:

*Con amor infinito anhelaré  
para el niño el más rico sitio  
y ese amor fue el que un día plasmó  
su soñado y más bello ideal.*

Bajo la llovizna, con un luto reciente o conmemorativo, las hijas del busto parecían enteramente llorosas.

—Su soñado y más bello ideal, comentó una voz de hombre a mi lado. Pagarle seis vintenes por día a las chalequeras.

La idea de que aquel patio con paraísos, los corredores con sus bancos y los bebederos azules aporcelanados, los salones con sus tarimas y sus mapas se debieran a la fatiga y a la fiebre del pobre, a una espalda curvada, a la expoliación, a una miseria, se avenía a la mentira fundamental de la ceremonia (ellos seguían cantando), al discurso del maestro de segundo, a las flores al pie del monumento y a la invisible lágrima que había enjugado la viuda al tirar del cordel para descubrirlo.

—¿Quiénes tienen traje azul? —vino otra vez a preguntar, meses después, la directora.

Y cuando hubiera querido escurrirme debajo del banco, los muchachos, con la cara desvergonzada de “a tu hermano le dio el ahogo”, se habían vuelto hacia mí, señalándome con el dedo:

—Este niño tiene.

### III

La cópula de los caballos trajo a un puñado de nosotros, muchachos de Quinto Año, la primera evidencia física del amor. Fue en el soleado pedazo de césped donde jugábamos al fútbol, haciendo los arcos con pilas de carteras. Íbamos ya a deslizarnos, como otras tardes, por el boquete del alambre tejido, cuando vimos las correrías iniciales y presentimos lo que iba a ocurrir. Como otros misterios dehiscentes, éste se nos había abierto a los diez años. Y se había abierto para adelantar el conocimiento cuando aún era impracticable el placer, para la torpe primicia de perder la inocencia y escarnecerse por haberla tenido.

Tirados en el suelo o arracimados al tejido, escuchábamos los relinchos, seguíamos el flameo de las crines. Las risas, los comentarios ineptos que suponíamos depravados, y las cabriolas de los más chicos, que se lanzaron al campo a remedar lo que acababan de ver o simplemente a dar vueltas de carnero, para infligirse la explosión animal que el espectáculo les suscitara, todo eso baila en mi recuerdo con una rapidez siniestra y suave, como si hubiéramos corrido y saltado en medias hasta caer exhaustos, ebrios de una lujuria imitativa, la de los payasos cuando parodian a los acróbatas, para ganar los minutos en que se arrolla la alfombra o se baja el trapecio. Ahora ya lo sabíamos, ahora lo habíamos visto. Sin un cálculo de complicidad, sin la avaricia de un secreto solidario, íbamos a ser mañana los doce o quince testigos, íbamos a adornar sin confabulaciones una mentira redonda, palpitante y única.

Un par de años antes, temeroso y asqueado, había llegado a casa con una misma premura de la revelación, y había volado a gritarla en la cocina:

—¡Los echan por la boca, los echan por la boca!

La penitencia me escoció menos que la obligación que me reducía, la obsesión de pensar en tinieblas lo

que acababa de saber, la tarea de imaginar el largo beso y su entrañable crecimiento espurio, esa hora de abuso e impiedad en la que inventé y anticipé para mí, antes de haberla leído, la condena de Paolq y Francesca.

Con la inocencia, perdí también las imágenes que ella me había ofrecido del amor de los hombres, dejé de custodiar aquel primer impulso amoroso, tácito y tenue, que había sufrido a los seis años y referido, en el tiempo, a una escena caduca, a la estación de Melo, a la visera cribada del andén y a aquel vagón enmohecido y arrumbado en la vía muerta, junto a un tope de los rieles de maniobra. Había sido un impulso reprimible y quedo, que hoy apenas se cierne en una cara pálida y equina, desvanecida entre los bucles lustrosos y bajo el nombre insustituible de esa cara: Noemí. Fue una adoración tímida y oscura, vinculada a sentimientos de frustración, de desencuentro y de muerte, sobre la que cuajó —como único corolario admisible— el viaje que se llevara a la niña. Hacia ese ser distante y difunto el amor fue, en mi silencio perseverante y fetichista, un afán empujado por allegar la gracia, una ternura inquieta de protección, que se agotaba en su celo. Sólo la madurez me ha devuelto tal querencia infantil, este sentido inerme y noble de la desposesión personal; esas primicias adelantadas a la pubertad me lo habían aventado sin lástima.

¿Estábamos volviéndonos peores, o las cosas que empezaban a sucedernos venían cargadas de una insidia para la que no estábamos preparados? Cuando Gatti llegó a la escuela, se supo que lo habían expulsado de otra, por haber arrojado un tintero al pecho de la maestra. Pensamos que iba a repetirlo entre nosotros, pero fuimos incapaces de sospechar la relación viciada que iba a establecerse entre él y el maestro, el maestro con su cara de viejo niño pervertido, con su gran estatura y sus lentes de oro para un rostro más chico.

Cuando llegó y ocupó un banco al fondo de la clase, el recién venido nos miraba con una languidez torva y desdenosa, en la que alentaban quizá la timidez, la vergüenza, un resentimiento de origen. Era mayor que nosotros, plebeyo y verdoso. Tenía el mentón huidizo, la frente angosta y deprimida y labios de mulato, mojados y morados, con las abolladuras que les imprimían los dientes, desagradables labios donde la luz brillaba en

lagunitas. Había en todo su ser algo innoble, un aspecto de taimada reserva, una animosidad callada pero activa. Daba la triste impresión de la vulgaridad de los sentimientos junto a la distinción de la inteligencia, la idea de ese penoso desequilibrio.

Era aquel Quinto Año que el maestro dedicó enteramente a concursos de composiciones y a organizar la República de Dewey.

Gatti fue pronto el mejor: el mejor, según lo entendía el maestro, por una suerte de pasión taciturna con que tocaba todos los temas, haciendo de predicador de los denuestos, con un sentido de ordinarietà que al viejo niño pervertido debía parecerle la gloria del inconformismo y de la rebelión.

Escribía sus composiciones y, elegidas invariablemente, pasaba a leerlas junto al pizarrón, con una voz que no era áspera pero puntuaba todas las frases con un dejo y un rictus despectivos, que ligaban con el tinte del rostro, con la depresión de las sienes, con la blandura de las manos. El maestro asumía entonces un aire de éxtasis, de connivencia y de embeleso. Parecía decir, desde la laxa actitud de su cuerpo girando en el taburete, desde sus ojos muertos tras los gruesos cristales, que él sí lo comprendía, que sentía no haber podido refregar esas protestas sobre la niñez de los otros, como Gatti lo hacía.

Una vez pudo, sin embargo, y la falsa comunión los distanció.

Mi compañero de banco estaba castigado, de pie junto al armario de los mapas. El maestro había fingido distraerse de él, pero vigilaba la primera flaqueza del muchacho, espiaba una lágrima, la frugal ocasión de poderlo humillar.

—¿Llorás? —le preguntó avanzando entre las filas de bancos, cuando lo hubo descubierto—. ¿Qué más querés ahora?

No tenía necesidad de ver a Gatti para suponer que disfrutaba con la retribución, que conocía y probaba en un mordisco el metal de la buena moneda.

—¿Llorás de despecho? —dijo inclinándose frente al niño vejado. Tenía conciencia de que no debíamos perdernos el espectáculo de él en medio de las filas, inmóvil. Era algo que recogía de los demás en el espejo curvo de sus lentes, como si estuviese en una hornaci-

na, expuesto a las miradas de todos. Y cediendo a la futilidad canallesca del juego de palabras, añadió:

—¿Llorás de despecho? ¿Qué querés, que te dé de mamar?

Lo perdió la propensión a decir de algún modo grosero, envilecedor, toda su larga inferioridad. Se abrió la túnica y descubrió una tetilla arrugada, la fruncida mancha color yodo.

—¿Querés entonces que te dé de mamar?

¿Gatti sintió esa vez el grotesco de su condición, padeció de que los dos lo arrastraran, confundidos y abrazados, ante nosotros, tuvo que tolerar un destemplado sabor de repugnancia inocente? ¿Se vio envejecido en el tiempo, ofreciendo su tetilla a otras gentes?

La ocasión de saberlo fue la visita del inspector. El bondadoso viejo estaba de pie ante los primeros bancos, donde trabajarían los designados para escribir la composición ejemplar.

—Vamos a ver cómo se desempeñan con un tema abstracto —dijo mientras lo pensaba, dirigiendo la primera mitad de la frase al maestro y la última a nosotros—. Escriban algo sobre La Avaricia.

Gatti sabía que, de los cuatro elegidos, él sería el primero en leer lo que escribiese, y esa certidumbre apuraba sus palabras sobre el cuaderno, el borbotón oscuro en que su rencor anegaba a las cosas.

Estaba ahora frente a la vieja deferencia profesional del inspector, para leerle la única composición que habría tiempo de oír. La palidez apocaba el perfil sobre el lienzo negro del pizarrón, sobre el panel opaco que roía sus rasgos, la frente angosta y vencida, el cenagoso brillo de la luz en los labios.

—Avaricia cruel y sanguinaria —dijo moviéndolos con pausa, como si el anatema cayera sobre la cabeza de alguien—. Te aborrezco, infame, traidora, desgraciada.

Pero no era una imprecación; tenía un prosaísmo ominoso y tranquilo, se coagulaba sobre su misma salida. El maestro habría querido contenerlo. Había un confuso sentido de desquite que percibía sin explicárselo, sin relacionarlo con el episodio de la tetilla, en el hecho de que ahora, frente a un extraño que se imponía sobre ellos dos, a quien no podían suprimir como antes a nosotros, estallara aquel lenguaje baldado, aquella gloria turbia del rechazo, del agravio sin pretexto en el

tema, toda aquella maldición de la vida misma y de la raíz del idioma, que tendría un escandaloso sabor de disparate y locura a los ojos del inspector. Y en el instante en que el viejo, tras haber asentido, como a un alivio, al final de la lectura, se volvió y dijo algo que hizo enrojecer de servidumbre y furor la larga cara del niño pervertido, sentimos que aquella comunión había muerto para el resto del año, que la alianza estaba deshecha, que Gatti y el maestro comenzaban a odiarse.

#### IV

He podido verlos algunas veces, uno a uno. Están viejos y gastados, no son los mismos. Mi memoria resucita aquél para éste, porque no se recuerdan, porque no han vuelto a encontrarse, porque se cruzan en las calles sin que los llamen a un abrazo, a un saludo, a una simple mirada los días que vivieron juntos.

Están viejos y gastados, son pobres y vencidos o cínicos, o están muertos. Ninguno tiene la savia de aquellos años. Está el cartero que me lleva las cartas al estudio. Está el guarda de ómnibus que no me deja pagar el boleto. Está el que atiende el surtidor de nafta y teme que yo vaya a darle propina. Mi compañero de banco es estibador, y su mujer lo ha abandonado para prostituirse.

He perdido a otros muchos; tal vez sea lo mejor. Hace algún tiempo, al ir a tomar un ómnibus, tropecé con un hombre al borde de la vereda. Estaba junto a mí, y olí el vaho de alcohol que lo envolvía.

—Discúlpeme —exclamé al esquivarlo—. No lo había visto.

—¿No te acordás de mí? —respondió con una lentitud desajustada a su aspecto, al exaltado desaliño que la embriaguez comunicaba a la cabeza, a la sonrisa insegura y errante.

—Sí, —mentí—. La cara me es conocida; no recuerdo tu nombre.

Me contemplaba, siempre sonriendo, con unos ojos de esclerótica amarillosa, veteadas y sucias. Se alisó un mechón entrecano, y las manos, inesperadamente, saltaron de él a mis hombros.

—Yo en cambio me acuerdo, —dijo—. El tuyo es Martínez.

—Estabas conmigo en la escuela,— aventuré para ayudar su fluencia, ya que por ella teníamos que reconocernos.

—Claro, —dijo alegrándose—. Estaba contigo en la escuela. Soy Arriagada.

—¡Anibal! Me acuerdo muy bien —y pensé que tenía que sacar el mejor partido de la única imagen que poseía de él—. Tenías entonces las orejas más apantalladas —dije tocándome las mías—. Y en Sexto apareciste con un saco inglés y unos pantalones Oxford, que te cubrían todo el zapato —agregué tomándole las manos, en un gesto ambiguo de amistad, para librarme de su opresión agarrotada.

—Oxford —rebotó sonriente, feliz con el solo y pobre recuerdo que la misericordia había querido desenterrarle—. ¡Es cierto! Entonces vestía muy bien, porque el viejo pagaba. ¿Me ves ahora? —Las manos detallaron —trémulas y un poco rígidas, para presentar la embotada vergüenza— unas solapas cenicientas y manchadas, bajaron por el saco raído, se perdieron en un gesto desbaratado— ¡Ahora soy esto!

Comprendí que tenía que considerarlo sin indulgencia. Era lo que esperaba la vieja cara, cuya sordidez se había aliviado un poco en la precaria valentía de descubrirse.

—Estoy en la Aduana, con doscientos pesos por mes. Y vos, ¿qué has hecho?

—Soy abogado —dije—. Todos trabajamos.

—Yo no terminé Secundaria. Papá murió cuando estaba en Tercero y nadie se ocupó de mí. Pero mi hijo sí —agregó sin transición—. Mi hijo va a estudiar de todos modos. Quiere ser médico, y no voy a tolerar que se quede por el camino.

—¿Cuántos hijos tenés?

—Uno solo. Tiene doce años y ya está en el liceo.

Sentí que la presión desapareja de sus dedos regresaba a mi brazo izquierdo.

—Tenés que venir a verlo —se le ocurrió—. Vivo aquí a la vuelta.

—No es hora, Anibal. Son las ocho de la noche. Lo dejamos para otro día.

—Tenés que venir a verlo —repitió imperiosamente, con una solemnidad que iba a resentirse, con una energía averiada—. No podés desairarme.

Tironeándome, se puso en marcha.

—Es a media cuadra —anunció con una voz animada, porque el recuerdo del hijo había despertado en él una ferocidad cordial con la que empezaba a rodearme.

—Tal vez ya esté acostado —reflexionó— pero no importa. Tenés que conocerlo, quiero que lo veas. Dice que va a ser médico y va a ser, porque es muy inteligente. Es aquí al lado, en Donizzetti.

Sacó la llave del bolsillo y abrió una puerta despinzada y angosta, a pocos metros del farol de la esquina. Encendió una luz pálida y vi el paso con que se ofrecía a adelantarse. Medí el cubo de mampostería con los ladrillos a la vista, la tosca pared sin terminar, la escalera de caracol y el caño que le servía de pasamanos. “Dos minutos” —pensé, temiendo por el soplo de luz amarilla que dibujaba al borracho oblicuo y desmedrado sobre el fondo de ladrillos. “Dos minutos y se apaga en mitad de la subida”.

—Anibal —dije—. Otro día te acompaño. Hoy es tarde. Vas a perdonarme.

—No me podés hacer eso —gimió casi, desde el quinto o sexto escalón. Trepaba sin tomarse del pasamanos, aunque apoyando a veces sobre el muro rugoso una mano abierta, en cuyos dedos tiesos se sostenía el cuerpo oscilante—. ¡Vamos, por favor!

Oprimí de nuevo el botón de la luz, y comencé a seguirlo. En uno de los rincones del recibidor se veía la puerta en ochava de un apartamento.

—El mío es el de arriba, —dijo averiguándose la mirada—. Lo tengo muy barato, con el veinte por ciento.

Lo alcancé y lo sostuve. La luz duró prodigiosamente, y llegamos al rellano de su puerta justamente a tiempo para reencenderla.

—Marina —llamó al abrir—. Traigo visitas.

Alumbró entonces un espacio mezquino y desguarnecido, que olía a humedad y a ropa ardiendo. Una sola mirada bastaba para abarcar la ventana (abierta a la calma de la noche templada), un pupitre infantil de madera laqueada, color celeste, con una enorme calcomanía descascarada —que había sido un Mickey— y un sillón con forro de algodón castaño, por cuyas des-

cuando se ocupa de mí, me llama "la alhaja". Pero al final de todo siempre vuelve a casa, ¿verdad?

Me acompañó hasta el mismo estribo del 142.

—Aquí me encontrarás siempre, en esta esquina —dijo desmintiéndose.

"La alhaja", pensé mientras el ómnibus partía. "La escuela, nosotros, 1929". Apoyó la mano, con los dedos bien separados, en el marco de la puerta del bar. Sonreía a algo que estaba ante él, ya sin verme y con su aureola turbia.

## V

Viejos, gastados, pobres y sudorosos, muertos o vencidos. ¿Qué más da? Ninguno, nadie tiene la savia de aquellos años soleados y distantes. ¿Para qué haber escrito, para qué haber hablado tantas horas de mí y de ellos? Dios mío, ¿podrás tú acaso convencernos un día de que aún somos los mismos?

## PARA UN CADÁVER, EN KHE SANH

Versión N° 1 — ELLOS VAN A MORIR

*Exactamente sobre un racimo de granadas, a la altura del barro rojizo de la zanja, hay como una ventana a la vida: la foto de una muchacha (David Leitch, "Estuve en Khe Sanh")*

**Primer punto:** El primer punto es el de determinar dónde, cómo y con quién se saca ella esa foto:

a) No puede ser en el automático de tragamonedas, con taburete giratorio de respaldo cromado, que hay en el barrio. Por una ranura de la máquina se introduce un quarter y la máquina opera sola. Un bastidor indica cómo hay que mantener la cabeza, en qué posición frente a la cámara.

No puede ser, por dos razones: primera, la toma de esas máquinas tragamonedas, para fotos de carnet, nunca pasa más abajo del nacimiento del cuello. Imposible, entonces, que el protagonista de una foto de esa clase sea otra cosa que un rostro; imposible que sea un busto desnudo. Habría que subirse rápidamente, a riesgo de caer sobre la máquina, al taburete de respaldo giratorio, tal vez arrodillarse sobre él y fijarse bien para que los senos desnudos quedasen a la altura que el bastidor indica como posición y encuadre de la cabeza. Y el vertiginoso funcionamiento que opera el quarter en las entrañas de la máquina, no daría tiempo a descotarse, a mantenerse allí en el equilibrio físico inestable de un mongol de hinojos en su propia decapitación, afrontar el golpe de luz espasmódico y el enfoque. Lo que entonces quedaría impreso —no es posible saberlo— acaso fuese un trozo de falda, un pedazo de blusa o unos muslos.

Segunda razón: ésas son fotos que se toman en público, en espacios abiertos, en el rincón de cualquier

galería accesible a la gente; a la gente que a menudo hace cola para fotografiarse, del mismo modo que si estuviera frente al palo señalador de una parada de ómnibus. Todo lo toman en muchedumbre: Coca-Cola, fotos para carnets estudiantiles, pasajes para las vacaciones. Son, pues, fotos sin pudor privado, fotos mecanizadas, hijas de la automatización y sin ningún sentido de la intimidad. En resumidas cuentas: allí no.

b) Puede haber sido pedida a un hermano. A un hermano varón, y entonces caben dos posibilidades: que sea un hermano mayor, que sea un hermano menor. Llamémosles b' y b''.

b') Que sea un hermano mayor.

Ventaja inapreciable y fundamental: lo hará bien y no lo contará en casa. La explicación que puede dársele, en todo caso, es creíble en este país incongruente e inmenso: el aviso aparecido en una revista para mujeres (el hermano no se tomará el trabajo de exigir que se le muestre, de tal manera allí todo es verosímil), la oferta de una oficina de publicidad a la chica que pueda presentarle el más típico busto juvenil. Acaso una publicidad de soutiens, o de masajes dados en salones de belleza o de tratamientos de vitaminas o de cirugía plástica.

El muchacho tendrá entonces tendencia a fotografiar sólo los senos desnudos y habrá que decirle que el rostro también cuenta, que esos empresarios cotizan y pagan la correlación adecuada entre un rostro y unos senos. Eso ya le parecerá más extraño, pero todavía podrá creerlo. Si recuerda las revistas en que ha visto fotos comprometedoras, pensará que después va un pequeño cuadrilátero en negro tapando el sitio de los ojos, como si toda posible identificación de las criaturas se hiciese por su mirada.

Desventaja fundamental: si es un hermano, toda la escena tendrá un inevitable sentido incestuoso. Y ellos ni siquiera son inocentes o están desprevenidos frente al incesto. Eso lo han leído ya en revistas de sexología y forma parte del psicoanálisis elemental que esta Civilización les enseña. Muy probablemente, ella resista toda esta carga de culpabilidad, por miedo de que se refleje en su rostro, se crispe en su lámina para Vietnam. Porque su rostro debe ser puro, sereno y sacrificado, desde que —en esa hipótesis— lo que se está consumando es un sacrificio. Y lo que ella quiere franquear a miles de

kilómetros de distancia es, precisamente, una promesa y un holocausto.

b'') Que sea un hermano menor.

Tiene casi todas las desventajas, no asegura ninguna cautela, ningún beneficio. Temblará, vacilará, tomando una foto desenfocada, movida, borrosa. Lo contará, aunque haya prometido no contarle: si no a los padres, a los amigos de la cuadra, sentado en el escalón de cualquier puerta, en medio de un corrillo incrédulo y maravillado. Describirá cómo son los senos de su hermana, cómo son los senos de una muchacha. La foto será mala, la ocasión será indiscreta, su inocencia sufrirá una conmoción malsana. Porque ese hermano menor no sabe todavía lo que es el sentimiento incestuoso, pero cursará una experiencia de zozobra, de excitación, de concupiscencia: sin aleccionamiento disuasorio (cuando se les enseña qué es el incesto, a la vez se les ilustra y se les desaconseja) empezará a desear a su hermana, querrá espiarla totalmente desnuda, sentirá la tentación de acariciarla, confundirá los últimos mimos de infancia con el deseo naciente. No habrá ya relación posible entre ellos dos. Tampoco puede ser.

c) ¿Podría haber sido pedida a una hermana, a una amiga?

A otra mujer (a otra mujercita, nadie es adulto en toda esta historia) podría decirse la verdad: es una foto para Tommy, para Charlie, para Johnny, que está combatiendo en Vietnam. Y es una gran causa de alivio, cuando las circunstancias son éstas, ennoblecerlas con la expresión de la verdad. Pero entonces hay que arrastrar todas estas desventajas: 1) una solidaridad pecaminosa; 2) una incómoda curiosidad indagatoria (¿qué había llegado a pasar entre ustedes dos?); 3) un sentimiento incestuoso (si es la hermana) o simplemente amorio (si es la amiga) de índole homosexual. Y tampoco para esta clase de desviaciones ellas serán inocentes: el repertorio de la Civilización invulnerable ha tenido que enseñárselas, ha tenido que hacerlas conscientes de que existe esa especie de atracción viciosa y fascinante. Y previsiblemente lo sentirán, porque toda la coyuntura es clandestina y llama a mayor cantidad de lascivia, y sobre todo —esta civilización es de fundamento puritano— a mayor cantidad de autoinfamación y pecado. 4) Lo peor de todo: que la chica (hermana,

amiga) sienta también deseos de mostrar su propio busto desnudo a otro chico de su edad, o la tentación insuperable de franqueárselo asimismo a Tommy, Charlie, Johnny, ya que está tan lejos y ya que tan ciertamente va a morir y está metido en un túnel que preserva el secreto. Y sería absurdo (ella habrá tenido que pensarlo, es imposible fotografiarse los senos desnudos sin una idea de entrega y su recíproca de posesión) que Tommy, Charlie, Johnny tuviera que elegir entre los pechos de dos hermanas, entre los bustos desnudos de su chica de siempre y de la vecina (acaso desconocida) de su chica de siempre.

Todas estas posibilidades suponen un escenario familiar: el desván de la casa, un cuarto elegido discrecionalmente si la foto se toma a una hora en que la casa esté libre de la presencia de los mayores, un fondo que posiblemente (si se mira bien, por detrás de la presencia dominante de los senos) diga algo de su antigua felicidad —entonces no disfrutada— a Tommy, Charlie, Johnny: la esquina de un óleo de familia, el ángulo del cristal de una ventana, el espectro neblinoso de un árbol conocido.

*La muchacha no ofrece nada de particular, o más bien sí: está desnuda hasta la cintura y su mirada tiene algo de conmovedor, a la vez velado por la vergüenza y forzado por la voluntad (David Leitch, "Estuve en Khe Sanh")*

d) Esta es una posibilidad enteramente diversa: que la foto haya sido resueltamente encargada a un fotógrafo profesional.

Por obvia cautela, se habrá elegido a un viejo. Puede ser un viejo tranquilo, que no pregunte nada, inexpugnable en la rutina de su oficio: pero después puede salir a contarlo. ¿Qué hay debajo de esa tranquilidad, será prudente dejar en sus manos este negativo, semejante instrumento de extorsión? Y puede ser también un viejo reprimido, un viejo maniaco sexual de éstos que uno ve dormitando en las plazas o pestafiando en el subway, espiondo piernas y caderas vestidas de muchachas. Si se le ofreciese esta oportunidad, haría como si quisiera colocar los senos directamente frente al ob-

jetivo y se acercaría, trémulo, a tocarlos y palmearlos, a enderezarlos frente a la cámara, exprimiéndolos de paso. No, no, toda esta escena tiene algo de abyecto y de siniestro, una condición sórdida y afelpada que contribuyen a darle las cortinitas del gabinete del fotógrafo, el respaldo cromado de la butaca giratoria (como la de la máquina tragamonedas, pero aquí a medialuz primero, con candilejas después, con la proyección torrencial del reflector en el instante preciso de la placa). ¡No! No al fotógrafo profesional, ni viejo ni joven. Ése no.

e) ¿Y no podría haber ocurrido que la foto hubiera sido tomada por el propio Tommy, Charlie, Johnny antes de partir?

¿Nadie pensó en eso? Porque David Leitch desecha la alternativa d), cuando dice que "es una foto sacada por un amateur". Claro, él no quiere decir que sea una foto sacada por un amator, amateur no significa eso, sino por un aficionado. Pero tal vez la palabra dé una pista hasta ahora no explorada. Hay algunas señas escritas al dorso de la foto, cuenta Leitch, y ellas dan a entender que la foto ha sido enviada por correo a Tommy, Charlie, Johnny, no llevada por él hasta su bunker. Pero eso solo ¿descarta que haya sido tomada por él? Ella pudo encargarse del revelado del rollo y del envío posterior.

¿Alguien quiere imaginarse entonces sus tráficos con la casa de revelados, su insistente reclamo de los negativos, la captura al trasluz del cuadrado en negro de los senos, el corte de la tijera, la combustión inmediata? Toda imaginación es libre en este país libre, toda historia virtualmente infinita. Cierro esta puerta.

Si Tommy, Charlie, Johnny tomó él mismo la foto, caemos naturalmente en el segundo punto de esta versión.

**Segundo punto:** ¿Qué relación, dado este caso, habría existido entre ellos dos?

Ella, ¿se le entregó antes del viaje, no se le entregó? El último día, sobre el filo del embarque, ¿hicieron algo en común con sus cuerpos, simplemente se lo prometieron? La foto ¿documenta algún goce sentido antes, solamente lo asegura para el regreso?

Si ocurrió algo, ¿fue en su habitación del college, después de un cigarrillo de marihuana, de una pastilla de LSD?

No, se supone que esos deliquios que dilatan la conciencia, que esas sumersiones alucinatorias y desesperadas en propio Yo no desembocan en actos de agresión; y en su concepto, con sus valores, el acto sexual tendrá que serlo siempre. Ataque, jamás beatitud.

Ella puede haberlo conocido en la Universidad, y Tommy, Charlie, Johnny puede haberla invitado a escuchar discos en su pieza: Bob Dylan, digamos, o los Beatles. O puede haberlo conocido, con su alta y desgarbada estatura derivando por una avenida donde caeran cárdenas hojas secas y donde el letrero de su espalda también fuera alguna calmosa pero desesperanzada interrogante otoñal, una pregunta fulgurando en la espalda de una blusa de seda, resbalando por el dorso de una chaqueta con brillos de tiburón:

Who

cares

about

Happiness?, por ejemplo,

formulada, así, sin fe en que haya nadie que la dispense o la provea, en escalones que bajen hasta el sitio en que se afirma la pregunta, sobre los propios riñones errabundos de un muchacho de dieciséis, de dieciocho, de diecinueve años. Por supuesto, las blusas, las chaquetas se venden ya hechas y estampadas en las tiendas, pero él eligió esa leyenda entre todas las leyendas, la inquisición entre todas las imágenes de miscelánea, entre todas las figuras de comics, el signo de interrogación entre la selva de las exclamaciones, él escogió esa pregunta para su espalda y no las desplegadas alas de maricélagos para su pecho. Y ella puede haberse tendido un día a su lado, desnuda, a probar si su cuerpo virgen sabía dar la respuesta, y haber perdido así esa virginidad entre cigarrillos, discos de Bob Dylan y preguntas sin contestar. Y puede haber sido en la inminencia del reclutamiento o un mes antes, por Vietnam o por Happiness, en cualquiera de esas antípodas. Puede haberle dejado entonces su virginidad para hacer compañía a su desamparo, a sus pecas, a una enmismada cicatriz de infancia, a un guante de baseball colgado sobre la cama, a un banderín universitario, a nada de la vida. ¿A quién le importa la Felicidad? ¿A quién le importa la Virginitad?

*Evidentemente, es su primera experiencia de desnudo fotográfico, pero la expresión de su rostro dice claramente que está resuelta a llevar a cabo este acto y cualquier otro para ayudar a su enamorado, que combate en Khe Sanh (David Leitch, "Estuve en Khe Sanh").*

Por tanto, ¿es todavía una virgen? David Leitch no dice eso, léanlo con cuidado: es su primera experiencia de desnudo fotográfico, no de desnudo. Y está dispuesta, por ayudar a su enamorado que combate en Khe Sanh, a fotografiarse esa vez y cuantas veces sea preciso, a figurar entre las tapas de Playboy si es necesario, a drogarse, a traficar drogas para otros, a prostituirse, a matar, a morir. Tiene que ser el ademán dictado por una moral heroica o al menos desesperada, un gesto de salvación o de extravío hecho para salir de la encerrona; así lo sugiere la frase "este acto y cualquier otro para ayudar", que no ha sido escrita porque sí. David Leitch ha tenido que leerla en sus ojos, porque nadie ha colocado una franja negra sobre esos ojos, un antifaz para resguardarla de la mirada de los demás sobre sus senos desnudos. Allí está, los ofrece y no hay nada maternal en su oferta, aunque sea otra versión delirante y a la vez tranquila del Momismo, la imagen de la Gran Madre Americana descubriendo los senos a su hombre, como si fuera —más que un eterno inmaduro— un eterno lactante, como si siempre hubiera que extender sobre él alguna protección maravillosa, el regazo de una mujer o la capa de Batman.

#### Versión N° 2 — ELLOS NO SON CRUZADOS

En algún momento de aquel acto de tomarse la foto —y es por ahora su único acto realizado para ayudarlo— ella ha podido pensar en otros chicos que hayan recibido fotos parecidas de otras chicas, y tal vez poses obscenas, y tal vez desvergüenzas lascivas, no castos y quietos desnudos estatuarios como éste que ella se toma con los ojos resueltos pero empavorecidos; y si los chicos son homosexuales tal vez hayan recibido falos, falos fotografiados desde arriba por otros homosexuales. Tal vez muchas fotos semejantes y aún más culpables que la

he aquí una excusa tabulada para mandar tantos y cuantos hombres a matar, tantos y cuantos hombres a morir.

Pero ellos no son cruzados, mascan chewing-gum y si no tienen fotos particulares de su chica con los senos desnudos hojean Playboy y si están acorralados en su ratonera de Khe Sanh festejan cada estallido del napalm, cada túnica de fuego que se ciñe mortalmente a la piel de los otros; y miran y mastican y se masturban, embutidos en sus blusas de cuero, apoyados en sus sacos de arena, apuntalados por un resto de esperanza de vida fiada a los horrores letales de la técnica, entre sus escaleritas de madera, sus barracas, sus bunkers. Ellos no son cruzados; festejan con dicharachos y con risas la exterminación técnica que sus B-52 infligen en torno: lo celebran por brutalidad, por desesperación, por mala educación y ni siquiera con una sombra civilizada de mala conciencia. Pero cuando les toca —sin ser cruzados, la Muerte no consulta— también ellos revientan, ellos mueren.

### Versión N° 3 — ¿QUIÉN PAGARÁ EL REGRESO?

*Ya no se trata de ayudarlo ahora, y todo lo que puede esperarse es que esta imagen haya sido para él un dulce viático (David Leitch, "Estuve en Khe Sanh").*

Y si no mueren y si vuelven baldados y si regresan neuróticos, ¿habrá que mantenerles la palabra y casarse con ellos? ¿Casarse con el piloto de Hiroshima, digamos? Será un cadáver, cualquiera sea su suerte; tanto da que lo alcen ligeramente herido o lo envuelvan en su bolsa de goma al fondo de la trinchera y le pongan encima el casco donde puede leerse la inscripción "Make War, Not Love", para contestar a los hippies y a su propio pecoso pasado de estudiante. Tendrá de todos modos una respuesta escupida para la vieja pregunta Who cares about Happiness, ya lo manden de licencia a la retaguardia, ya pasen el compungido y estereotipado telegrama de notificación y condolencia a los padres. Dará lo mismo que haya tenido esos senos desnudos como su dulce viático o que vuelva y cuente que en sus permisos hacía el amor en Saigón y compare a la muchacha de la foto con la suave vietnamita gatuna.

o lo evacúen herido y a lo mejor disminuido para el amor o lo releven para una tregua de Navidad o de Pascua o del Año Lunar, o lo eximan por un break-down nervioso del que jamás se recupere. Muerto o vivo, ¿habrá que mantenerle la palabra? ¿Figuran los sacrificios del regreso entre todos los actos que hoy se hacen para ayudarlo, ya que combate y mata y se masturba en nombre de la Civilización en ese agujero revuelto y pisoteado de Khe Sanh?

*Mis amigos los marines encontraron la fotografía en el portafolios de un soldado muerto, cuyo cadáver habían podido rescatar, corriendo muchos riesgos, de entre los restos de un avión de transporte Hércules C-130. Encontraron también la dirección de la muchacha y dicen que le devolverán su fotografía acompañada de una carta de agradecimiento y condolencia, si es que no deciden guardársela para ellos (David Leitch, "Estuve en Khe Sanh").*

Los Estados Unidos son inmensos, aunque es una irrisión que no puedan con ese pueblo pobre, descalzo, andrajoso, hambriento, despavorido, acosado, abrasado en napalm; aunque no puedan. Son inmensos.

Y ellos son los hijos de una nación inmensa, pero no son cruzados. Ella ha podido verlos en la TV, ha podido ver en primer plano —tomados con lentes asombrosas, hasta el detalle de los poros de la piel, del sudor, de la indiferencia, del cansancio o del miedo— los rostros con que negros y blancos preguntan a la cámara por qué estamos aquí, qué hemos hecho para estar aquí, qué estamos haciendo aquí, quién nos llama, quién nos manda, qué sentido tiene estar juntos y compartir el peligro si allá el recelo y el rencor nos separan en vida. Y ya no estarán en Khe Sanh o todavía sí y en otros sitios de Vietnam cuando el 4 de abril de 1968 en Memphis, Tennessee, un francotirador asesine al pastor Martín Luther King. Un francotirador armado con un fusil de mira telescópica: miras telescópicas, Mustang blancos para huir de la muerte de un negro, la técnica al servicio de la destrucción, del odio y de la muerte: jamás falta, tampoco

faltó el 22 de noviembre de 1963 en Dallas, Estado de Texas.

He visto sus rostros, piensa ella; preguntan, preguntan, preguntan.

*Quando se está en las trincheras de Khe Sanh, se advierte que ningún gobierno tiene el derecho de imponer este género de sacrificios a su juventud. Porque estos soldados todavía son niños. De los sesenta que conocí, ninguno parecía tener más de 22 años (David Leitch, "Estuve en Khe Sanh").*

Preguntan lo que el Presidente Johnson, lo que el Secretario de Estado Dean Rusk, lo que el General Westmoreland no tienen interés en contestarles. Preguntan, preguntan, preguntan con su cara llena de acné en el primer plano de los noticieros de la CBS, preguntan echándose a fumar de golpe si hay que poner el cadáver de un compañero en la camilla, si hay que aflojar el zapato de un muerto, preso en el barro de la trinchera.

También preguntan, seguramente, dónde estará ella ahora y si estará con sus senos desnudos. Quisieran verla si es posible, tocarlos en nombre del compañero muerto, tocarlos por él, dar las gracias, porque aquél es un auténtico pudor virginal sacrificado por el destino de todos ellos y no el acto de airosa desenvoltura de las modelos que posan para Playboy a fin de provocar la masturbación masificada, que también es una fórmula de necesidad que puede ser científicamente obtenida con imágenes en librillos, en lápices huecos, en linternas de bolsillo, en abalorios, en corbatas.

Pero es una suerte, piensa ella, que los Estados Unidos sean inmensos. Porque aunque tengan su dirección al dorso de la foto, difícilmente alguien llegará hasta su casa, excepto el correo, si resuelven franquear de regreso sus senos. Difícilmente alguien llegará, porque los que vuelvan tendrán que pensar primero en ellos y en la paz, en el mundo que ha cambiado en su ausencia, en la puerta que se tapió en tanto ellos estaban en Saigón o en Khe Sanh. Tendrán que pensar en el mundo que los ha dejado a su orilla y no los acoge con un

cariño semejante al que les dispensó para despedirlos, cuando se imaginó que iban a morir.

Tendrán ocupaciones más apremiantes que la mezquina lascivia impotente de dibujar un cielo de falos voladores (skyraiders eróticos, digamos) alrededor de su cabeza en la foto, o escribirle obscenidades al dorso o fotografiarse expresamente para ella y ofrecerle los atributos, o ir a verla y contarle primero lo que saben, lo que suponen de la muerte de Tommy, Charlie, Johnny, herido, evacuado y derribado con el Hércules C-130; y después, entre los restos del llanto, subir una mano de caricia ambigua hacia esos senos vestidos que de todos modos ellos han visto, han visto y estudiado largamente en la foto, donde siguen, donde por una eternidad quebradiza seguirán tan jóvenes, tan redondos, tan turgentes, tan desnudos.

*Considerada desde el fondo de esta zanja, la perspectiva de ver un día juntas a la muchacha y a la foto, parece muy improbable (David Leitch, "Estuve en Khe Sanh").*

## EL SIMULACRO

Viví en Buenos Aires del 907 al 916. Era —como veo que a ustedes les gusta decir ahora, cuando comentan una cinta o un libro— la *belle époque*. Es claro que, con Perón, ya no queda ni sombra de todo aquello. Me dicen que del Jockey Club sólo está en pie el frontis, como un tabique, como una mampara contra el vacío. El frontis con sus bastidores para la venta de revistas, y hasta parece que —alguna que otra vez— un puesto de pescado. ¡Efo!

La Semana Trágica fue una barbaridad, estoy de acuerdo. Pero ya todos empezábamos a sentir en Buenos Aires ese brote de cosmopolitismo que trajo lo demás. Empezaba a ser una gran ciudad, decían algunos, y los lugares de siempre dejaban de ser nuestros, estrechamente propios. Nuestra generación ha usado el bergantín y la diligencia, y después ha llegado hasta el avión. Dificilmente otra podrá ver y probar tanto cambio. Pero ahora quieren que revisemos nuestras ideas sobre el mundo, y eso sí no podríamos hacerlo; no tanto revisar nuestras ideas sino renegar de todo lo que nos acostumbramos a tener por bueno en nuestro tiempo. Yo, por lo menos, me sentiría una *cocotte* si quisiera intentarlo.

Era una época maravillosa. La historia, vista desde ahora, era —como dice Anatole France— la *petite histoire*, los movimientos de un cogollito de gente en unos pocos escenarios. Después todo esto se ha magnificado mucho y el color de esa época se ha falsificado; lo han falsificado en el biógrafo, en las memorias, en el teatro.

Llegué y caí muy bien, en un grupito en que estaban los Lastra y Carlos Juárez. Carlos era un animador brillante y, en el fondo, un muchacho triste hasta la desolación. De chico, durante la presidencia de su padre, lo habían mandado solo —tenía siete años— a estudiar a Inglaterra, en un colegio británico. Lo pusieron en el barco, lo recomendaron al capitán y así —so-

lita su alma— atravesó el océano. Mientras estaba en Inglaterra, en el 90, voltearon a Juárez Celman, pero él siguió y terminó sus años de colegio. Creo que de allá se trajo, al mismo tiempo, un buen inglés y un pesimismo tranquilo. Pero con los años, por detrás de una alegría que nos contagiaba a todos, fue encerrándose cada vez más en la desesperación. Tuvo una vez un duelo a pistola y mató a su adversario. Cuando estaba por irse, llegó el padre del muerto, lo atacó a tiros y él tuvo que matarlo también. Aquello fue tal vez decisivo. Al poco tiempo, sin que supiéramos concretamente por qué, se suicidó.

Vivíamos entonces en una casa de altos, en la calle Artes. ¿Cómo se llama ahora?... Pellegrini. Pero me dicen que ese pedazo ha desaparecido, con el trazado de la gran avenida.

Buenos Aires es otro, no cabe duda. Pero las cosas duran allá más que aquí. Cuando me fui a Buenos Aires, Mamá vivía en Rivera Chica, que ahora se llama Guayabo. Ya le había dado la hemiplejía mientras estábamos en Cibils. Cibils, que después se llamó Sochantres y ahora ha vuelto a llamarse Cibils. ¡Qué manía de cambiar los nombres a las calles!

Por pura casualidad, siempre nos instalábamos cerca de un presidente. En Artes, estábamos a media cuadra de la casa del general Roca. Y después, cuando pasamos a la calle Paraná, vinimos a estar casi al lado de Figueroa Alcorta. Él hizo lo imposible por echarnos de allí, porque cuando dábamos una fiesta había más coches y llegaba más gente para nosotros que a su propia casa. Fue nuestra ubicación más famosa; y hasta le dedicaron un tango, ahora olvidado: **Paraná mil dos cuarenta y tres**.

Dar fiesta, vivir a gran tren costaba en aquel tiempo muy poca plata. Nosotros —entre cuatro o cinco— nos cotizábamos para pagar la casa, para salir de farra y hasta para tener caballos de carrera. Un vez hubo un zafarrancho —no sé si en el **Lago di Como** o en algún otro salón de baile de los que había entonces— y se publicó un brulote contra el grupo, en el que no se nos mencionaba uno a uno pero aparecíamos bautizados, en conjunto, como **La Jeunesse Dorée**. En esos mismos días habíamos comprado una yegüita y estába-

mos discutiéndole el nombre. El cagatintas vino a ponérselo: **Jeunesse Dorée**.

A muchos de nosotros nos parecía entonces que Buenos Aires era toda la Argentina. La gente de esa época en Montevideo también lo creía; y pensaba que cualquiera estaba en Buenos Aires una vez que había atravesado el río, así hubiera ido a fundirse al fondo de las provincias.

Y Buenos Aires, a su vez, era para nosotros el centro, menos a la noche, porque entonces podía ser Armonville o el Pabellón de las Rosas, y Palermo era en aquel tiempo las afueras. A la madrugada regresábamos, a comer un churrasco en el Sportman o en el Royal Keller. Un churrasco con un vaso de cerveza, y allí veíamos amanecer. Con cinco nacionales habíamos dado toda la vuelta a la noche, y a veces hasta sobraba. Integrábamos un fondito común y al salir se lo dábamos a administrar a Laborrega Torres (le decíamos así, como si fuera un nombre, pero era un apodo, la-borrega, que le habían puesto por el pelito rizado: "otro de la raza merino", como le dijeron al entrar a un baile y hubo gresca).

Laborrega manejaba la plata. Alquilábamos un coche placero, de esas que Buenos Aires —a diferencia de Montevideo— todavía conserva. En ese mundo de la noche vivían seres que hoy me dan la extraña ilusión de no haber existido nunca a la luz del día: el Bebe de Rozas, el Feto Bayo, Pimpollo Sastre, Jorge Newbery. Y mujeres, como aquella Berta, de ojos enormes y tristonas, que estaba enamorada de Carranza y se le aparecía por todos lados, hasta que —cansada de que el otro le diera esquinazo— decidió esconderse y fingir un viaje. Otra prostituta alemana, que andaba con ella, llegaba entonces hasta la mesa donde estaba Carranza —infaliblemente borracho a las tres de la madrugada— y le decía al oído: "Flijase Caranza, flijase Caranza, Berta está Brasil". Pero Carranza no se afligía; y en el estado en que se hallaba le daba lo mismo, sentía el mismo alivio de que Berta estuviera en Brasil o se hubiese muerto. "Flijase Caranza" quedó como un dicho entre nosotros, cada vez que queríamos decirle a alguien "Sufrá", cada vez que había que darle a alguno una mala noticia liviana.

Ya mi memoria no es la de antes y a lo mejor trabuco algún nombre y con seguridad más de una fecha.

Sólo quienes se creen importantes escriben sus recuerdos. Y por lo general se les escapa el sabor de la vida común; le cuentan a uno lo más trascendente, pero lo que hoy es trascendente no fue, en su momento, lo más característico. Por eso, muy a menudo, entré un libro de historia política y esa colección de "Caras y Caretas", que tengo por ahí, me quedo con "Caras y Caretas". Y cuando alguien nombra a Victorino de la Plaza no pienso en el hombre que quiso ponerse frente a Yrigoyen, esa charanga de la oligarquía frente al pueblo, sino en aquella cara apergaminada y amarillosa de la carátula, debajo de la que se leía la frase comercial de la Ginebra Bols: "Su color ámbar pálido comprueba su vejez".

Y Beazley no quedará como el hombre de Roca sino como el jefe de Policía que prohibió y castigó, en las calles de Buenos Aires, el piropo; porque las tres cosas que más se practicaban en el Buenos Aires de entonces, estando prohibidas, eran el duelo, el piropo y —aunque te sorprenda— el boxeo.

La verdad es que la Historia, entre nosotros, no ha sido casi nunca una manía posesiva de quienes la han vivido, sino una lamentación sentimental por no haberla vivido, escrita por la generación siguiente. En mi familia hay un ejemplo de ese descuido lastimoso. El Coronel Courtin era muy amigo de mi padre; y al volver del viaje de la Barca Puig, donde Varela lo había mandado como su hombre de confianza, le regaló un libretón anagosto y largo, uno de esos índices de comercio, escrito con tinta violeta y letra muy menuda, en el que había registrado, día por día, las alternativas de aquella famosa navegación. Courtin no era un hombre leído pero tenía una inteligencia muy vivaz y un don inmediato para describir todo lo que pasaba a su alrededor. Y bueno; el Diario de la Barca Puig anduvo en casa, una vez que murió Papá, de cajón en cajón, de mudanza en mudanza. Cada vez que había que empacar las cosas, mis hermanas se quejaban de aquel mamotreto, lo consideraban un estorbo inútil, una pesadez ilegible. Y de tanto ser manoseado y tirado al fondo de los muebles, el libretón acabó por desaparecer. Cuando algunos años después se lo conté a un historiador, me pedía desesperadamente que averiguara, que hiciéramos memoria, que tratara de reconstruir algo de lo que a la

siesta había leído allí. Imposible. Me ha quedado el vago recuerdo de cien días de mar y sed, con el agua potable corrompida en las cisternas; eso y la amistad que el peligro compartido había acabado por crear entre Courtin y sus prisioneros: Herrera y Obes, Juan Ramón Gómez, Ramírez. Pero no me acuerdo de nada más.

La vida verdadera, en cambio, era otra cosa, aunque después otros la hayan hecho historia. No puedo transmitirte, por ejemplo, lo que fue haber visto y oído a Tamagno, a Novelli, a Frégoli o Frank Brown, por más que te lo cuente. Ni yo ni "el cine" podríamos hacerle ver.

Yo trabajaba en comisiones, negocios y corretajes; y me iba gastando poco a poco la herencia paterna, en tanto seguía atendido a la esperanza de que me nombraran para el Consulado de Punta Arenas, lo que no era imposible siendo hijo de padre argentino. Pero en el año 16 vino el irigoyenismo y yo no tenía amigos en ese grupo. Aquel año 16 fue lo más parecido que hubo, quizá, a este año 45 de Perón. Los hechos vuelven, de tiempo en tiempo, sin que la gente escarmiente jamás por cuenta de otros, con lo que no ha vivido.

A veces hojeo algún libro sobre el novecientos y veo que se habla allí, como de cosas remotas, de las que a mí me pasaron al lado, de las que aún me siguen pareciendo tan próximas. Es una sensación sobrecogedora la de saberse tan viejo. Pero, al mismo tiempo, es hermoso guardar para los grandes hechos, para los sucesos épicos, un aire de memoria privada. En casa hemos sido todos colorados, menos Rogelio, que salió blanco. Y mientras yo hice el 904 en las Guardias Nacionales, en el Batallón Universitario que mandaba don Jorge Pacheco, y mi hermano Germán lo hizo como segundo jefe de la Artillería, en el Ejército del general Vázquez, Rogelio era practicante y dentista en las filas de la Revolución. Contaba que cuando Saravia iba a entrar a Minas lo llamó —estaba siempre debajo de su sombrilla de raso, porque resguardaba su cara del sol de la campaña y tenía unas manos cuidadas y blancas— y le pidió que le arreglara un portillo que tenía en la boca, porque no quería entrar a la ciudad con el hueco de un diente a la vista. Le dio los mejores caballos y lo mandó a Minas antes de que él entrara, para que obtuviera los

materiales. Rogelio fue, con las señas de un dentista blanco que vivía allí, consiguió la gutapercha o lo que fuera, y volvió. Saravia le quedó muy agradecido por el favor; y como era un hombre muy fino, jamás lo olvidó. En Masoller —a la manera de lo que relató Herrerita en El león ciego— mientras Germán mandaba la artillería del gobierno, Rogelio estaba en la enfermería de los revolucionarios. Cuando a Saravia lo balearon, fue él quien tuvo que hacerle la primera cura. Esto y el diente de Minas lo encendían de blanquismo, cuando me lo contaba. Rogelio vio en seguida que allí, sin asistencia, el hombre podía morir. Mandó hacer unas angarillas con lanzas, lo hizo colocar en ellas suavemente y dispuso la marcha para pasar la frontera, donde los esperaba Lussich. Saravia, que bajo su apariencia de hombre pulido era el criollo más guapo, sólo hacía de cuando en cuando una mueca de dolor. Y Rogelio le daba entonces un terrón de azúcar empapado en láudano, que era todo el alivio que podía ofrecerle. Cuando el dolor volvía, Saravia alzaba apenas la cabeza muy pálida de aquella especie de parihuela y le decía: "Otro terroncito, doctor". Rogelio marchaba a pie, al lado del herido, y llevaba el frasquito en la mano y las riendas de su caballo, como un lazo, pasadas por el brazo, a la altura del codo. De pronto, en medio del atardecer, el caballo se espantó de algo y el frasquito de láudano voló a lo lejos. Rogelio no podía apagar en el tiempo esa sensación de piedad, de amor y de culpa: la marcha a campo abierto, en retaguardia, en el presagio de la guerra perdida y la proximidad del gran hombre que se iba enfriando poco a poco, mientras entraban en la noche. Le habría gustado mucho escribir alguna vez esta escena, pero nunca lo hizo.

Hace poco tiempo César Viale me mandó un librito suyo, sobre el Buenos Aires que conocimos juntos. **Cinuenta años atrás**, se llama. No está bien escrito pero refresca muchas cosas agradables, que vi y que no sé si no hubiera olvidado: el coupé forrado de raso blanco de Don Bernardo de Yrigoyen, las tertulias de Marquito Avellaneda, las reuniones en el Cercle de l'Épée. La esgrima en que sobresalía Agésilao Greco, el boxeo como pasión porteña en la quinta del Doctor Delcasse, la ópera, la tragedia y la petite-pièce. ¡Qué años! Es

curioso pensar que todo el trofeo material que me queda de ellos son dos libros que entonces tenía siempre en la veladora y que no hablan de Buenos Aires: las **Notas sobre París**, de Taine, **Las escenas de la vida bohemia**, de Murger. Pero ya muchas veces te he dado la lata sobre estos libros.

En el folleto de Viale hay algunas fotos; borrosas y todo, me devuelven lugares y cosas familiares: las cinco esquinas; el **mailcoach** de don Miguel Martínez de Hoz, con su tiro de cuatro caballos cruzados, trotando hacia Palermo los domingos, los caballeros en lo alto, tocados de chisteras que hoy te parecerían cómicas, y sobre todo inverosímiles; Jorge Newbery de tricota blanca y el Dr. Delcasse en mangas de camisa, haciendo guantes.

Las modas también vuelven, después de todo. Y ahora mismo, cuando veo a veces esos tirifilos con trajes a cuadritos y reborde de trencilla, con pantalones bombilla, me acuerdo de los cajetillas del 900 y de lo que entonces se llamaba "trajes con lianta de goma".

En el 16, cuando el consulado de Punta Arenas se esfumó, Ricardo Arrieta me propuso ir a trabajar los dos por una temporada, a Venado Tuerto. Don Ángel Lastra, el padre de los muchachos, nos daba a explotar la carnicería que estaba cerca del pueblo, en una punta de la estancia. Estuve de acuerdo. Don Ángel era el gran señor del lugar y la estancia era tan completa que hasta tenía su puesto de policía, con tres o cuatro uniformes de vigilantes, para que el personal se los pusiera, cuando tuviera que entrar en funciones.

Nos anunciamos por telegrama; y cuando llegamos a la estación de Venado Tuerto los Lastra, vestidos de vigilantes, subieron al tren aparatosamente, como si quisieran prender a un matrero. Fueron directamente hacia El Amiguito, como le llamaban a Ricardo, y le pidieron nombre y documentos. Los demás pasajeros estaban estupefactos, y El Amiguito siguió el juego. Discutió con la Policía, trató de resistirse y lo bajaron a empujones. Cuando el tren ya arrancaba y la gente se salía mirando por las ventanillas, El Amiguito y los vigilantes, para reírse de los viajeros, se pusieron a bailar la rueda-rueda en el andén, mientras yo cargaba con las valijas. Así llegamos.

Me acuerdo bien de ese momento, porque —a pesar de la bullanga— el campo me recibió con una sensación

de tiempo dejado atrás, de nostalgia de Buenos Aires, de años pasados y vividos sin vuelta. Era de tardecita, todavía había una raya de sol rojizo en el alero cribado del andén, pero el fondo del corredor olía a humedad y a forraje agrio. Buenos Aires —pensé— danos por muertos.

El Amiguito me había venido contando en el tren a quiénes volveríamos a ver y a quiénes conocería yo ahora. Entre estos últimos, estaba Don Federico Núñez. Don Federico era el hermano mayor de Doña Leonor, y por lo tanto el cuñado de Don Ángel. En su juventud había sido un caballero brillante, un socio del Jockey, un dandy. Pero un desengaño amoroso lo había tirado abajo. Y se había puesto a chupar como un desesperado. Fue entonces cuando Don Ángel lo convenció de que se fuera por un tiempo a la estancia. Y Don Federico convirtió aquella temporada en toda la vida. No tenía cometidos fijos en "El Trébol" y, en rigor, nadie le pedía que hiciera nada. Se había ido a vivir a un puesto distante de las casas y allí se lo pasaba. Lo conocí muy bien después, viejo, casi roto, pero de barba muy cuidada; y varias veces hablamos largamente. Cuando estaba de buenas, era encantador; había leído bastante y el campo le había dado una campechanía que al porteño distinguido le queda muy bien. Venía a veces a la carnicería, montado en su caballito criollo, un bayo muy manso al que le soltaba las riendas, de noche, cuando estaba muy borracho, para que lo trajera de vuelta desde la pulpería a su rancho, mientras él se le dormía en el pescuezo. Pero cuando llegaban, por mamado que estuviera, dando tumbos o como pudiese, le daba siempre la ración. Así lo educaba, le afirmaba el sentido de la querencia; es la memoria del burro, como dice Vizcacha.

El Amiguito me había venido hablando de Don Federico y yo me había puesto a pensar si aquella no sería también nuestra parábola, si Venado Tuerto no iba a engullirme para siempre. No me pasó, como pudo haberme pasado. No vayas a creerte que es un lugar de mala muerte —me decía El Amiguito, más para convencerse que para convencerme—. Una vez quisieron cambiarle el nombre, ponerle Pueblo del Oro. Cuando ya estaban casi todos convencidos, apareció Thompson, un inglés flaco, hermano del Thompson de la mueblería.

Mostró un sobre dirigido desde Inglaterra a su nombre y a Venado Tuerto, sin más señas: ni Argentina, ni América ni nada. Y había llegado. Entonces contó que en la Bolsa de Londres había visto, en las pizarras, las cotizaciones de acciones en las estancias de Venado Tuerto. Porque allí —en aquel pedazo de la provincia de Santa Fe— los ingleses formaron las primeras sociedades anónimas rurales de Argentina. Contó todo eso y el nombre de Venado Tuerto quedó firme para siempre.

En Buenos Aires, Ricardo era un jailaife, un señorito; pero tenía una gran capacidad de adaptación. Y al día siguiente de haber llegado, viéndolo de alpargata y bombacha, uno nunca se imaginaría que era el mismo de dos noches atrás en el Petit Salon.

Entonces no existía, como ahora, el furor de las playas. Y la gente, en vez de irse a Mar del Plata, se iba a las estancias. Llegó el verano y se supo que todos los muchachos vendrían a pasar un mes en "El Trébol": a descansar de lo que no hacían y con el pretexto de vernos, a El Amiguito y a mí.

Fue entonces, en ese verano lluvioso, cuando sucedió lo que había prometido contarte, al principio de la conversación. Divago como todos los viejos, y ya ni sé si te acordás de que fue por ahí que empezamos. Volvieron los Lastra —Carlos, Manuel y Eduardo, que se habían ido a Buenos Aires a poco de llegar nosotros— y llegaron también Laborrega y Carranza. Con ellos vino asimismo la lluvia. Días y días, sin un solo hueco, dele llover y llover. Se agotó el ajedrez, se resobaron las cartas, andaban por ahí hechas tiras —de tan leídas— las revistas. No había nada que hacer, y eso mismo empezaba a crisparnos los nervios a todos. Estábamos excitables, confinados al gran comedor de la estancia, que era toda la vida social para siete personas acostumbradas a hacerla de otro modo. Ellos, además, nos trajeron noticias frescas de Buenos Aires, reavivaron inútilmente nuestro deseo de volver. Pero también los últimos chismes se ajaron, de tan repetidos, y no quedó nada, mientras la lluvia seguía y seguía.

Las horas de los aperitivos y de las comidas eran esperadas como grandes acontecimientos, casi como ceremonias. Y después de tanto esperarlas, había que llenarlas con algo, darles un contenido para que estu-

vieran a tono. No sé si fue por eso o por la exasperación de aquella encerrona que El Amiguito y Laborrega empezaron a discutir —cada vez con más pasión— en la sobremesa de todos los almuerzos. Sobre radicales y conservadores, sobre Aristóbulo del Valle, sobre Leandro Alem, sobre Lisandro de la Torre, sobre caballos de carrera; todo les venía bien. Eran discusiones cada vez más ásperas, cada vez más enconadas. Tanto que nos dieron a pensar que la vida de Buenos Aires, que facilitaba un tipo de convivencia más suelta, no les había dejado saber —hasta ahora— que no había entre ellos ninguna afinidad, que eran miembros de un mismo grupo más que amigos que se quisieran.

Con todo, había un curioso estilo deportivo para olvidar agravios y volver de nuevo a la carga. Tal vez todos contribuíamos, porque ya se esperaba la hora de comer conjeturando cuál sería el tema en que se trenzarían esta vez El Amiguito y Laborrega. Hacia fines de aquel diluvio de enero, una mañana de domingo, El Amiguito se levantó inspirado. Voy a provocar a Laborrega, dijo, y lo voy a hacer discutir como nunca. Lo voy a pinchar, a ver si llega a insultarme. Y entonces voy a hacerme el ofuscado, voy a sacar el revólver y voy a tirarle un par de tiros a boca de jarro. Ya le saqué los plomos a todas las balas. ¡Vamos a verle hacer morisquetas! Y así se va a curar de guapetonadas.

Laborrega no se había levantado todavía; era el que mejor luchaba con la lluvia, durmiendo la mitad del tiempo. Se despertaba a mediodía, fresco, y era el encargado de preparar los copetines.

Cuando el Amiguito se fue, uno de los Lastra —creo que fue Manuel— tuvo la otra idea. Pensamos que la broma podía darse vuelta como un guante. Es decir, pensó él; Manuel o Carlos, ya te digo que no me acuerdo bien. Yo no iba nada en el asunto; por las dudas, tu padre nunca se metía en ésas.

Pusieron, como te digo, dar vuelta la broma. Le avisaron a Laborrega, para que estuviera pronto y le sacara también los plomos a su revólver. Cuando el Amiguito tirara, Laborrega le retrucaría y nosotros nos pondríamos todos en pie, simulando impotencia. Queríamos verle la cara a El Amiguito, que era el más expresivo, no a Laborrega. Sería un simulacro perfecto; y no voy a decirte la moraleja, de caja de fósforos, de que la

vida también a veces lo es, y por eso mismo nos estaba esperando a la vuelta de la broma.

Llegó el almuerzo, que fue pesado —por ese prejuicio de la abundancia dominical que tienen las cocineras de estancia— y sobrevino la discusión. Ya ni me acuerdo de cuál fue el tema, aunque creo que era otra vez el político, por ser el que se prestaba más pronto a levantar el tono, a apasionarse **noblemente**. El Amiguito había elegido el asunto y creía estar llevando a Laborrega hacia la trampa; pero el otro sabía y —como en la escena del tren— entraba en el juego. Sólo que esta vez los espectadores y el asombro de los espectadores habían de ser falsos y no verdaderos.

Llegó un momento en que Laborrega, que se sabía esperado, se desbocó. Es lo que me pasa por discutir con bellacos, recuerdo que dijo. El Amiguito no quería otra cosa. Estaban frente a frente y tenían en medio la mesa, la vinagrera y las copas. El Amiguito se levantó con gran rapidez, sacó el revólver y tiró. No sé cuántas veces, porque aunque todos lo esperábamos a todos nos emocionó. No sé si nos emocionaron los estampidos o el revés de la broma, que ya se venía.

Porque Laborrega, envuelto en humo, se levantó con una expresión maravillosa de furia y también sacó el arma. La cara de El Amiguito y su gesto no pueden contarse, pero tampoco olvidarse. Cuando vio el revólver en la derecha de Laborrega, extendió una mano, quiso decir algo, movió desesperadamente la cabeza como si negara algo. Nosotros nos habíamos parado, volteando sillas y no sé si alguna copa. No era sólo que hiciéramos nuestra parte, sino que aquella escena, tras tanto esperarla, nos tomaba finalmente de improviso.

El Amiguito contraía la cara, quería decir algo y no podía. ¿Te acordás de aquellos estudios de expresión de Gibson, que se publicaban en las revistas? Sí, ya sé lo que vas a decirme: que no eran de tu tiempo. Bueno, esa vez Gibson habría tenido una escena memorable para dibujar, retratando en cada cara la expresión justa: terror auténtico en la de El Amiguito, una furia implacable en la de Laborrega, un punto indefinible, entre la broma, la sorpresa y la culpa en la de todos nosotros. Laborrega tiró, mientras los ojos de El Amiguito referían a quien supiera verlos todo lo que en un segundo no hay tiempo material de decir.

Pasó el momento y, al sentirse ileso después de haber tenido un revólver que le apuntaba en la mitad del pecho, creo que El Amiguito empezó a comprender.

Estaba muy pálido y lo sentamos en su silla, tomándolo por los hombros. Tenía una mano agarrada sobre el revólver y le temblaban las mandíbulas. Le contamos lo que ya empezaba a adivinar, y él lo recibió con una sonrisa que ocultaba mal el castañeteo de los dientes. Lo sentamos, le trajimos café y —con una alegría insegura, que se nos iba desvaneciendo al ver la cara de El Amiguito— comentamos ruidosamente la broma, ida y vuelta.

—Con ustedes no se puede —dijo entre dos sorbos, mientras el castañeteo golpeaba en el borde del pocillo. Todos sentimos entonces que esta frase nos absolvía. Y creo que fue ésa la razón por la que, sin ser graciosa, nos hizo reír tanto.

Pareció por un momento que se reanimaba, que sus mejillas blancas volvían a colorearse. Pero fue sólo un instante. Porque en seguida empezó a quejarse de un dolor fuerte en el pecho. Ahora todos son capaces de diagnosticar un infarto, y eso les da una suficiencia falsa, un aire de ser médicos sin entender de nada. Nosotros, en cambio, no podíamos haberlo previsto. Pero, de todos modos, hicimos algo de lo más indicado.

Levantamos a El Amiguito de la silla y lo obligamos a extenderse en una *chaise-longue* vieja, de cuero capitoneado, que estaba junto a uno de los ventanales del comedor. Pálido y de perfil, El Amiguito quedaba sobre un fondo de lluvia que resbalaba por los cristales, como si estuviera mojándolo.

Todavía no habían puesto en la estancia aquel teléfono impresionante, de manivela de bronce, marquetería, engranajes a la vista, micrófono de ebonita y níquel y cantidad de pilas en un cajoncito de roble, que con los años dominó aquel otro rincón del comedor en que antes estaban el juego de mimbres y el mueblecito de las revistas. Pero aunque hubiera habido teléfono, seguramente aquel día —con las lluvias— no habría comunicado con el pueblo. Y aunque hubiera comunicado, nadie habría podido llegar desde él. No había ni que pensar en un médico para El Amiguito, y él mismo levantaba la cabeza del canapé que le habíamos

puesto debajo, para insistir en que no lo precisaría, en que ya iba a pasárselo.

Pero no se le pasaba. Veámos contraérsele la cara, mientras una mano —la misma que había manejado el revólver— se le crispaba sobre el pecho y entraba por el hueco abierto de la camisa, como si buscara algo dentro de él, como si pudiera haber un alivio a arrancar con el gesto.

Después nos dijeron que habría que haberle practicado una sangría. No estoy seguro de que sea una opinión seria, pero tampoco ninguno de nosotros habría sabido hacerla. Le dimos coñac francés, haciéndoselo beber a buchitos, y le hicimos decir —como si con eso pudiéramos convencer a la misma enfermedad— que el trago le sentaba muy bien.

Fue lo último que le hicimos decir, porque las mandíbulas se le ponían cada vez más rígidas, de dolor contenido. Entonces tomamos una servilleta, la rociamos también con coñac y le pusimos una compresa sobre el pecho. El Amiguito tenía los ojos cerrados, pero la mano buscaba la servilleta y la estrujaba, como si también quisiera metérsela en el pecho.

Y esto es lo que desde hoy iba a contarte: ¡lo que es el buen coñac! Es increíble, pero cuando al rato le sacamos la servilleta, porque el pobre Ricardo ya no la precisaba, y el trapo estaba húmedo, y más que húmedo frío, el coñac no había perdido nada de su *bouquet*, como si hubiera estado todo el tiempo servido en una copa.

## INDICE

|                                    | Págs. |
|------------------------------------|-------|
| LA SIRENA .....                    | 5     |
| EL ESPEJO .....                    | 33    |
| ANTE EL PAREDÓN .....              | 39    |
| ARNOBELDUS O EL AMOR CONYUGAL .... | 45    |
| LOS DÍAS ESCOLARES .....           | 51    |
| PARA UN CADÁVER, EN KHE SANH ..... | 67    |
| EL SIMULACRO .....                 | 81    |

Este libro se termino de imprimir  
en los Talleres Graficos Rodas  
Ombú 477 Valentin Alsina  
en el mes de **diciembre** de 1968

*“Más que la anécdota interesa a Martínez Moreno (...) la situación existencial en que aparecen enclavadas sus creaturas. Son las suyas, sobre todo, narraciones de personaje, exploraciones de almas, búsqueda del significado plural y contradictorio (...) de la existencia humana. Esta imagen está revestida muchas veces de la más negra ironía y hasta crueldad, pero la ironía o crueldad son sólo máscaras. En el centro de este narrador hay un moralista implacable y desgarrado”. (Emir Rodríguez Monegal)*

La Biblioteca Uruguaya Fundamental está compuesta por las obras más representativas de nuestra literatura. Los especialistas que preparan la información de cada CAPITULO de la historia de la literatura uruguaya han seleccionado estos textos y cuidado su fidelidad.